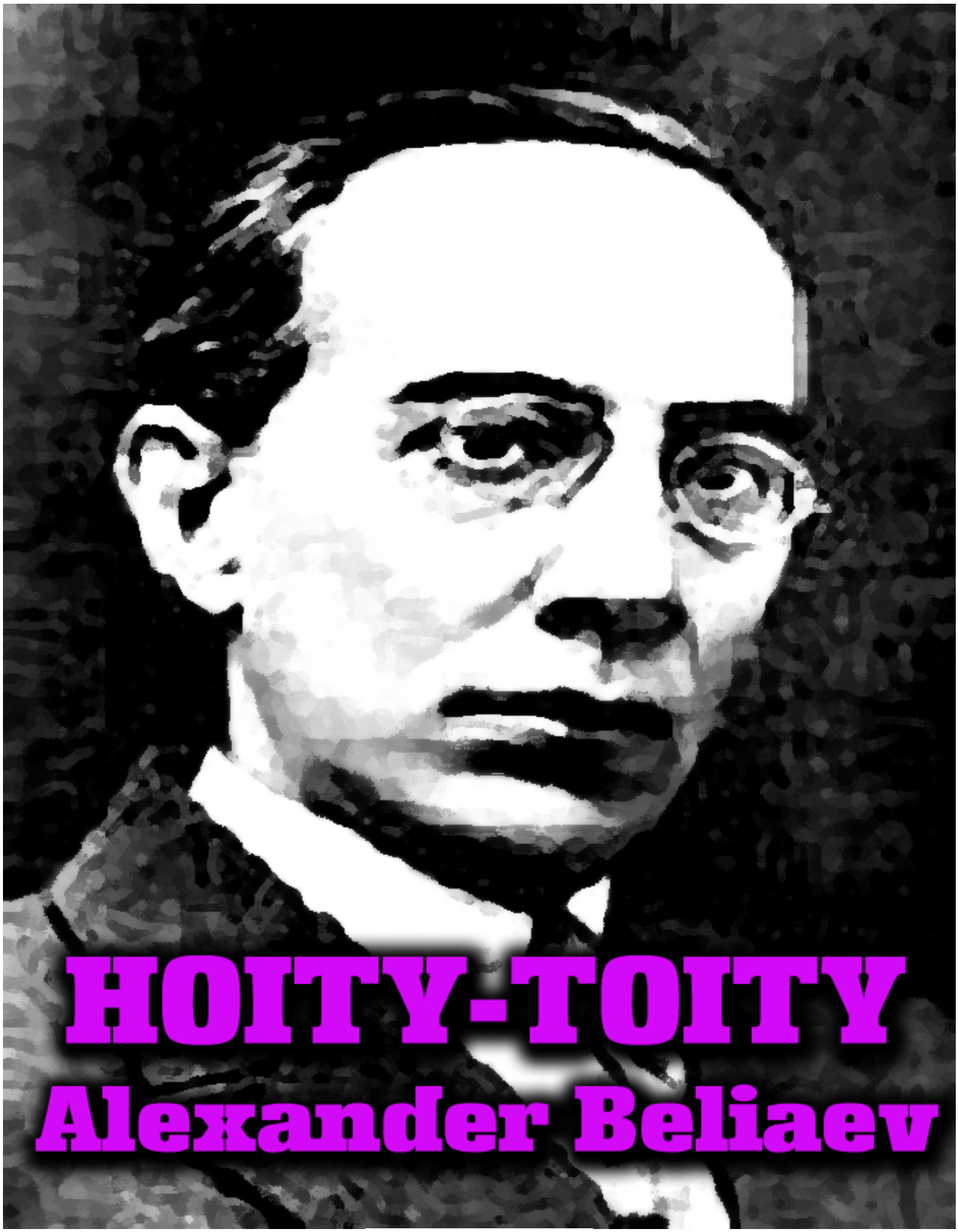
HOITY-TOITY

Alexander Beliaev



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I - Un artista extraordinario

El enorme circo berlinés Busch estaba atestado. Por unas anchas escaleras, desplazándose sin ruido, como murciélagos, los camareros llevaban cerveza a los sedientos. Las mamás entradas en carnes, acompañadas de sus hijas, devoraban bocadillos de salchicha sin apartar los ojos de la pista.

Para hacer justicia a los espectadores, hay que decir que lo que les había atraído en tan gran número al circo no era un fakir ni un devorador de ranas. Todo el mundo esperaba con impaciencia el final de la primera parte del espectáculo y el entreacto, después del cual entraría en escena Hoity-Toity. Se contaban maravillas de él: se le dedicaban artículos, los sabios se interesaban por su persona. Era un enigma, un favorito y un imán. Desde que estaba allí, todos los días aparecía en las taquillas el cartel de «No hay billetes». Había sabido atraer al circo a un público que hasta entonces no había puesto los pies en él. Desde luego, la galería y el anfiteatro estaban siempre invadidos por los habituales empleados y obreros con sus familias, comerciantes y vendedores. Pero los palcos y las primeras filas estaban ocupados por unos hombres de cabellos grises, de aspecto grave e incluso cejijunto vestidos con abrigos y chaquetas un poco pasadas de moda. Entre ellos veíanse también algunos jóvenes, serios y silenciosos. No masticaban bocadillos ni bebían cerveza. Aislados como una casta de brahmanes, esperaban la segunda parte, el número de Hoity-Toity por el cual habían venido.

Durante el entreacto solo se habló de él. Los eruditos de las primeras filas perdieron algo de su rigidez. Finalmente, llegó el momento tan esperado. Sonaron las fanfarrias, los mozos de pista, vestidos con libreas rojas con bordados en oro se alinearon, la cortina se descorrió y, entre los aplausos del público, Hoity-Toity hizo su aparición. Era un enorme elefante, tocado con un pequeño gorro recamado en oro. Hoity-Toity dio la vuelta a la pista acompañado de su cornac, un hombre de baja estatura vestido de frac, que saludaba a derecha e izquierda. Luego se dirigió al centro de la pista y se detuvo.

-Es un elefante africano -dijo un profesor de cabellos grises al oído de su colega.

-Me gustan más los elefantes indios. Sus formas son mis redondeadas. Los de África tienen unas formas más pesadas, más angulosas. Cuando alargan la trompa, parecen aves rapaces...

El hombrecillo vestido de frac que permanecía junto al animal carraspeó y tomo la palabra:

-¡Señoras y caballeros! Tengo el honor de presentarles al célebre elefante Hoity-Toity. Su cuerpo tiene una longitud de cuatro metros y tiene tres metros y medio de altura. La distancia desde la punta de su trompa hasta el extremo de su cola es de nueve metros...

Hoity-Toity levantó bruscamente la trompa y la agitó delante del hombrecillo.

-Perdón, me he equivocado -dijo el cornac-. Su trompa tiene dos metros de longitud, y su cola alrededor de un metro y medio. Por lo tanto, son siete metros noventa centímetros desde la punta de la trompa hasta el extremo de la cola. El animal come trescientos sesenta y cinco kilos de forraje y bebe dieciséis cubos de agua diariamente.

-¡El elefante cuenta mejor que ese hombre! -dijo una voz.

-Habrá usted observado que ha llamado la atención de su cornac cuando éste se ha equivocado en su cálculo... le dijo el profesor de zoología a su colega.

-¡Una casualidad! -respondió el otro.

-Hoity-Toity -continuó el cornac- es el más genial de los elefantes existentes en la Tierra, y, seguramente, el más genial de todos los animales. Entiende el alemán... ¿No es cierto que lo entiendes, Hoity?

El elefante inclinó gravemente la cabeza. El público aplaudió.

-¡Truco! -dijo el profesor Schmit.

-Va usted a ver la continuación -replicó Stoltz.

-Hoity-Toity sabe calcular y distinguir las cifras...

-¡Basta de explicaciones! ¡Al grano! -gritó alguien desde el gallinero.

-Para evitar todo malentendido -continuó el hombrecillo, imperturbable-, ruego que bajen a la pista algunos testigos que podrán certificar que no se trata de ningún truco.

Schmit y Stoltz se miraron y bajaron juntos.

Hoity-Toity empezó a mostrar sus asombrosos talentos. Habían instalado delante de él un montón de grandes cuadrados de cartón con diversas cifras, y sumaba, multiplicaba y dividía, sacando del montón las cifras que correspondían a los resultados de sus cálculos. De los números de una cifra pasó a los de dos, y finalmente a los de tres cifras; el elefante resolvía los problemas sin cometer un solo error.

-Bien, qué dice usted ahora? -preguntó Stoltz.

-Vamos a comprobar si entiende las cifras. -Levantando su reloj, Schmit le preguntó al elefante-: ¿Puedes decirnos que hora es, Hoity-Toity?

Con un movimiento inesperado de su trompa, el elefante arrancó el reloj de la mano de Schmit y lo acercó a sus ojos; luego se lo devolvió al desconcertado propietario y, con ayuda de los cartones, compuso la respuesta:

«10:25».

Schmit miró su reloj y se encogió de hombros con aire aturdido: el elefante había indicado la hora exacta.

El número siguiente era la lectura. El cornac instaló delante del animal unos grandes grabados representando toda clase de bestias. Otras hojas de cartón llevaban las inscripciones «León», «Mono», «Elefante», etc. Le mostraba a Hoity-Toity las bestias, y él señalaba con su trompa el nombre correspondiente. No se equivocó ni una sola vez. Schmit trató de cambiar las condiciones de la prueba, mostrando primeramente al elefante las inscripciones y obligándole después a encontrar la imagen. El resultado fue el mismo.

Finalmente, colocaron delante de él un alfabeto. Tenía que contestar a las preguntas componiendo las palabras necesarias con las letras.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó el profesor Stoltz.

-Ahora, Hoity-Toity -fue la respuesta.

-¿Por qué «ahora»? -preguntó a su vez Schmit-. ¿Acaso te has llamado de otro modo? ¿Cual era tu otro nombre?

-Sapiens -respondió el elefante.

-¿Tal vez Homo-Sapiens, por casualidad? -dijo Stoltz, echándose a reír.

-Tal vez -fue la enigmática respuesta.

Luego, empezó a escoger unas letras con la trompa y compuso la frase:

-Por esta noche es suficiente.

Después de haber inclinado la cabeza en todas direcciones, Hoity-Toity abandonó la pista a pesar de las protestas de su cornac.

Durante el entreacto, los sabios se reunieron en grupos en el vestíbulo y entablaron una animada conversación.

En un apartado rincón, Schmit discutía con Stoltz.

-¿Recuerda usted, querido colega, la sensación que en su época produjo el caballo llamado Hans? -decía Schmit-. Sabía extraer las raíces cuadradas y realizar otros cálculos complicados, marcando las respuestas con su pezuña. Pero luego se descubrió que su propietario le había enseñado a golpear el suelo con la pezuña obedeciendo a unas señales que el público no podía ver. En cuanto al cálculo, sabía tanto como un perro recién nacido.

-Eso no es más que una suposición -replico Stoltz.

-¿Y los experimentos de Torndik y de Yorks? Todos ellos se basaban en la formación de asociaciones naturales en los animales. Delante de ellos se colocaban unas cajas, una de las cuales contenía la comida. Podía ser la segunda empezando por la derecha, por ejemplo. Si el animal la adivinaba, el comedero se abría automáticamente y él recibía su ración. Esto debía conducirle a la siguiente asociación: «La segunda caja de la derecha es la comida». A continuación, se cambiaba el orden de las cajas.

-Supongo que su reloj no tiene comedero... -dijo Stoltz con ironía-. ¿Cómo explica el hecho en ese caso?

-El elefante no comprendió nada de mi reloj. Para él no era más que un objeto brillante que se acercó a los ojos. Cuando escogió las cifras en los cartones, obedeció sin duda a unas señas de su cornac, imperceptibles para nosotros. Todo eso son trucos, empezando por la corrección que efectuó cuando el cornac se equivocó al calcular su longitud. Reflejos condicionados, y nada más.

-El director del circo me ha autorizado a quedarme con mis colegas después de la función y a realizar una serie de experimentos con Hoity-Toity -dijo Stoltz-. Supongo que no se negará usted a tomar parte en ellos...

-Desde luego que no -respondió Schmit.

II - Se negó a tolerar la ofensa

Cuando el circo quedó vacío y las enormes lámparas se apagaron, a excepción de una colgada encima de la pista, llevaron de nuevo a Hoity-Toity. Schmit exigió que el cornac no asistiera a las pruebas. El hombrecillo, que se había despojado ya del frac y llevaba ahora un jersey de cuello alto, se encogió de hombros.

-No lo tome a mal -dijo Schmit-. Disculpe, no conozco su nombre...

-Young, Friedrich Young, para servirle.

-No se lo tome a mal, señor Young. Queremos que la prueba se desarrolle de modo que no quepa la menor sospecha.

-No se preocupe -dijo el cornac-. Llámeme cuando hayan terminado.

Y se dirigió hacia la salida.

Los sabios iniciaron sus experimentos. El elefante se mostraba atento, dócil, contestaba sin error a las preguntas, encontraba soluciones a todos los problemas. Lo que hacía resultaba sorprendente. Sus respuestas no podían ser atribuidas a trucos de ninguna clase. Había que admitir que el animal estaba dotado de una inteligencia extraordinaria, casi de una conciencia. Schmit, casi convencido, solo discutía por terquedad.

El elefante pareció cansarse de aquella interminable sesión. Súbitamente alargó la trompa, sacó diestramente el reloj del bolsillo de Schmit y se lo mostró. Las saetas señalaban la medianoche. Después de haberle devuelto el reloj, el

animal agarró a Schmit por la cintura, lo levantó y le transportó hacia la salida a través de la pista. El profesor aulló como un condenado. Sus colegas reían a más y mejor. Young, que había acudido precipitadamente, empezó a apostrofar al elefante. Pero Hoity-Toity no le prestó la menor atención.

Después de haber dejado a Schmit en el pasillo, dirigió una significativa mirada a los sabios que habían permanecido en la pista.

-Vamos a marcharnos inmediatamente -dijo Stoltz, dirigiéndose al elefante como si fuera un hombre-. No se enfade, por favor.

Stoltz y los demás profesores abandonaron la pista, desconcertados.

-Has hecho muy bien en echarles, Hoity -dijo Young-. Tenemos aun mucho trabajo. ¡Johann! ¡Friedrich! ¡Wilhelm! ¿Dónde os habéis metido?

Varios obreros entraron en la pista y empezaron a arreglarlo todo: barrieron el suelo, recogieron las perchas, las escalerillas, los aros... En cuanto al elefante, ayudaba a Young a transportar los decorados. Pero no parecía tener ganas de la segunda sesión a una hora tardía. Resoplaba, sacudía la cabeza y desplazaba los decorados ruidosamente. Tiró uno de ellos con tanta fuerza, que lo rompió.

-¡Eh! ¡Cuidado, animal! -gritó Young-. No quieres trabajar, ¿eh? Desde que has aprendido a escribir y a contar le haces ascos al trabajo manual, ¿verdad? Pues empieza a quitarte esa idea de la cabeza. Esto no es un asilo de ancianos. En el circo todo el mundo trabaja. Fíjate en Enricot Feriy. Es el mejor caballista, tiene fama mundial, pero cuando no tiene que salir a la pista se endosa una librea y forma en el desfile al lado de los mozos. Y no tiene inconveniente en barrer la pista...

Era cierto. Y el elefante lo sabía. Pero le tenía sin cuidado. Resoplando ruidosamente, se dirigió hacia la salida.

-¿A dónde vas ahora? -gritó Young, súbitamente irritado-. ¡Alto! ¡Alto, he dicho!

Y, empuñando una escoba, alcanzó al elefante y le propinó un bastonazo con el mango. Young no había pegado nunca al animal. Es cierto que el animal no se había mostrado nunca tan desobediente. Hoity profirió tal berrido, que el pequeño Young se dejó caer al suelo y se agarró el vientre con las dos manos, como si aquel ruido le hubiera revuelto las entrañas. Dando media vuelta, el elefante agarró a Young con la trompa y le lanzó varias veces al aire, volviendo a atraparle al vuelo. Luego, dejándole en el suelo, cogió una escoba con la trompa y escribió sobre la arena:

«¡Te prohíbo que me pongas la mano encima! ¡No soy un animal, soy un hombre!»

A continuación, el elefante se dirigió hacia la salida, pasó por delante de las caballerizas, se acercó a la puerta principal y apoyó contra ella su enorme cuerpo. La puerta crujió y, no pudiendo resistir aquella formidable presión, voló en pedazos. El elefante recobró la libertad.

El director del circo, Ludwig Strom, paso una noche muy agitada. Había empezado a conciliar el sueño cuando su criado llamó a la puerta de su dormitorio y le anunció que Young quería verle para un asunto urgente. Los empleados del circo eran gente formal, y Strom comprendió que tenía que haber ocurrido algo extraordinario para que se atrevieran a molestarle a una hora tan intempestiva. En bata y zapatillas salió al saloncito.

-¿Qué pasa, Young? -pregunto el director.

-¡Una gran desgracia, señor Strom! ¡Hoity-Toity se ha vuelto loco!

Con los ojos desorbitados, agitó los brazos con un gesto de impotencia.

-¿Y usted, Young, se encuentra bien? -inquirió Strom.

-¿No me cree usted? -dijo Young, ofendido-. No estoy borracho, ni he perdido la chaveta. Si no me cree, puede preguntárselo a Johann, a Friedrich y a Wilhelm. Lo han visto todo. El elefante me ha arrancado la escoba de las manos y ha escrito sobre la arena de la pista: «No soy un animal, soy un hombre». Luego, después de haberme lanzado dieciséis veces hacia la cúpula, ha reventado la puerta principal y ha huido.

-¿Qué? ¿Ha huido? ¿Hoity-Toity se ha escapado? ¿Por qué no me ha avisado inmediatamente, por aturdido que estuviera? Hay que adoptar en seguida medidas para capturarle, de otro modo esto será un desastre.

Strom se veía ya ante la policía, con los tenderos que le reclamaban daños y perjuicios, se veía condenado a pagar por los destrozos causados por el elefante.

-¿Quién está hoy de guardia en el circo? ¿Han avisado a la policía? ¿Qué medidas se han tomado para capturar al elefante?

-Yo estoy de guardia, y he hecho todo lo que podía hacerse. No he avisado a la policía, ya se enterará por sí misma. He corrido detrás del elefante, suplicándole que regresara, llamándole barón e incluso conde. «¡Regrese usted, señor barón! -le he dicho-. ¡Regrese, señor conde! Disculpe que no le haya reconocido hace unos instantes. La pista estaba muy oscura y le he confundido con un elefante». Hoity-Toity me ha mirado, ha resoplado desdeñosamente y ha continuado su camino. Johann y Wilhelm le siguen sobre unas motocicletas. Ha enfilado la avenida Unter den Linden, ha cruzado todo el Tirgarten siguiendo la Scharlottenburgerstrasse y se ha dirigido hacia el distrito forestal de Grünwalde. En estos momentos está a punto de tomar un baño en el Gafel.

Sonó el timbre del teléfono. Strom cogió el receptor.

-Sí... Yo mismo... Sí, ya lo sé, muchas gracias... Haremos todo lo que esté a nuestro alcance... ¿Los bomberos? No lo creo... Es preferible no irritar al elefante.

Strom colgó.

-Era la policía -dijo-. Ha sugerido enviar a los bomberos para que capturen a Hoity-Toity. Pero hay que tratar al elefante con mucho cuidado.

-Vale más no excitar a un loco -asintió Young.

-Young, el elefante le conoce mejor que a nadie. Trate de estar a su lado y de atraerle al circo con dulzura.

-Desde luego, lo intentare... Tendré que llamarle Hindenburg, ¿no?

Young se marchó. En cuanto a Strom, no volvió a acostarse hasta el amanecer, recibiendo llamadas telefónicas y dando órdenes. El elefante se bañó prolongadamente cerca de la isla de los Pavos, luego efectúo una incursión a una huerta comiéndose todas las coles y zanahorias, se atracó de manzanas en un pomar contiguo y se dirigió hacia el distrito forestal de Friedensdorf.

Todos los informes atestiguaban que no había atacado a nadie, que no había cometido destrozos inútiles y que, en términos generales, se comportaba de un modo bastante razonable. Evitaba pisotear las huertas, se esforzaba en seguir las grandes carreteras y los caminos vecinales, y sólo el hambre le obligaba a llenarse el estómago de legumbres y de fruta en las huertas. Pero también allí actuaba con prudencia: no pisoteaba inútilmente los semilleros, devoraba las coles limpiamente, arriate por arriate, sin romper los árboles frutales.

A las seis de la mañana reapareció Young, fatigado, cubierto de polvo y empapado en sudor. Iba mojado de pies a cabeza.

-¿Cómo va eso, Young?

-No hay manera. Hoity-Toity no se deja convencer. Le he llamado «Señor Presidente», pero se ha enfadado y me ha tirado al lago para castigarme. Es

evidente que entre los elefantes la megalomanía adopta otras formas que entre los hombres. Luego he tratado de presentarle argumentos razonables: ¿Cree usted acaso que está en África? -le he preguntado, evitando darle ningún titulo-. Esto no es África, nos encontramos a cincuenta y dos grados de latitud norte. Ahora estamos en agosto y hay frutas y legumbres en todas partes. Pero, ¿qué hará usted cuando lleguen las heladas? No podrá alimentarse de cortezas, como las cabras. Sepa que sus antepasados, los mamuts, vivieron en Europa, pero murieron todos a causa del frío. ¿No sería mejor que regresara al circo, donde estará caliente, cómodo y bien alimentado? -Hoity-Toity me ha escuchado atentamente, ha reflexionado, y luego me ha rociado con su trompa. ¡Dos baños en dos minutos! ¡Es demasiado para mí! Si no pillo una pulmonía, creeré en los milagros...

III - Declaración de guerra

Todas las tentativas para que el elefante se aviniera a razones resultaron inútiles, y Strom se vio obligado a aceptar que se tomaran medidas enérgicas. Un destacamento de bomberos fue enviado al distrito forestal. Guiados por la policía se acercaron a diez metros del elefante, se alinearon en semicírculo y proyectaron sobre el animal unos chorros de agua muy fuertes. Pero aquella ducha resultó muy de su agrado. Se volvía ora de un lado, ora de otro, resoplando ruidosamente. A continuación, unas decenas de bombas de vapor, uniendo sus chorros en uno solo, dirigieron aquella masa de agua directamente a los ojos del animal. Este berreó y embistió resueltamente a los bomberos. Los atacantes vacilaron y, soltando sus bombas, se dispersaron. En un abrir y cerrar de ojos su material quedó destrozado y los vehículos volcados. A partir de aquel momento, las facturas que Strom tuvo que pagar aumentaron rápidamente. El elefante estaba enojado. Entre él y los hombres se había declarado la guerra, y trataba de demostrar que aquella guerra les costaría muy cara. Hundió en el lago varios coches de los bomberos, derribó la casita de un guarda forestal, atrapó a un policía y le envío volando hasta las ramas más altas de un árbol. Y si antes se había mostrado prudente en sus acciones, ahora se dejaba llevar de su afán de destrucción. Pero siempre demostrando la misma inteligencia extraordinaria.

Cuando el prefecto de policía fue informado de lo que sucedía en el distrito forestal de Friedensdorf, dio la orden de movilizar importantes destacamentos de policías, los cuales, armados con fusiles, debían rodear el lugar y matar al elefante. Strom estaba desesperado. ¿Dónde encontraría otro como él? El director estaba dispuesto a indemnizar a los perjudicados por el elefante: Hoity-Toity haría reingresar aquel dinero en sus arcas, y mucho más, con tal de que recobrara la cordura. Strom suplicó al prefecto que retrasara la ejecución de su orden, esperando encontrar el medio de recuperar al animal.

-Puedo concederle diez horas -dijo el prefecto-. Dentro de una hora, todo el distrito quedará rodeado. Si es necesario, haré venir a la tropa para ayudar a la policía.

Strom convocó una reunión extraordinaria a la que asistieron casi todos los artistas y empleados del circo. También fueron invitados el director del parque zoológico y sus ayudantes. Cinco horas después, el bosque quedó cubierto de trampas y cepos. Cualquier elefante hubiese caído en aquellas ratoneras hábilmente tendidas. Pero Hoity era Hoity. Eludía las barricadas, bordeaba los hoyos cubiertos de ramaje y andaba con cien ojos, como vulgarmente se dice.

Transcurrido el plazo, los policías se acercaron al lago en cuyas proximidades se encontraba el elefante. A través de los árboles se divisaba ya la enorme silueta de Hoity-Toity. Recogía agua con su trompa y la lanzaba al aire para que volviera a caer en forma de lluvia sobre su ancho lomo.

-¡Apunten! -ordenó el oficial en voz baja-. ¡Fuego!

La salva despertó un eco múltiple en el bosque. El elefante agitó bruscamente la cabeza y, perdiendo mucha sangre, marchó directamente hacia los hombres. Los policías disparaban pero el animal, indiferente a las balas, seguía corriendo. Los policías eran buenos tiradores, pero desconocían la anatomía del elefante y sus proyectiles no alcanzaban los centros vitales: el cerebro y el corazón.

Lleno de dolor y de espanto, Hoity-Toity profirió un bramido terrible, proyectó su trompa hacia adelante y luego la enrolló rápidamente: la trompa es un órgano muy importante; privado de ella, el animal queda indefenso. Por ello sólo la utilizan en casos extremos para defenderse o atacar. Hoity inclinó la cabeza y se lanzó contra sus enemigos precedido por sus enormes colmillos, de dos metros y medio de longitud y cincuenta kilogramos de peso cada uno. Pero, retenidos por la disciplina, los hombres no retrocedieron y continuaron disparando. El elefante atravesó sus líneas, eludiendo el cerco, y desapareció.

Se organizó la persecución, pero capturarlo o incluso atraparlo no era tarea fácil. Los destacamentos de policía estaban obligados a desplazarse por las carreteras, en tanto que el animal cruzaba a su antojo huertas, campos y bosques, sin elegir su camino.

IV - Wagner salva la situación

Strom recorría febrilmente su gabinete de trabajo repitiendo, en tono desesperado:

¡Estoy arruinado! ¡Estoy arruinado! ¡Se necesitará una fortuna para pagar los destrozos causados por el elefante, y Hoity-Toity morirá, de todos modos! ¡Qué pérdida! ¡Qué irreparable pérdida!

-¡Un telegrama! -dijo su criado, presentándole el papel sobre una bandeja.

«¡Esto ha terminado!» pensó el director. «Seguramente me anuncian la muerte del elefante... Vaya, el telegrama viene de Moscú... ¡Qué raro! ¿De quien puede ser?»

«Berlín, circo Busch director Strom,

Acabo de leer periódico noticia huida elefante stop exija inmediatamente policía anule orden matar animal stop uno de sus empleados debe decir elefante estos dos puntos Sapiens Wagner llega Berlín regrese circo Busch stop si no obedece pueden matarle stop Profesor Wagner»

«¡No entiendo nada! El profesor Wagner debía conocer al elefante, ya que en el telegrama menciona su antiguo nombre. Pero, ¿por qué cree que el animal, enterado de su llegada a Berlín, regresará? De todos modos, es una posibilidad...»

Tuvo que poner en juego toda su elocuencia para que el prefecto de policía accediera a «suspender las hostilidades». Inmediatamente, Young fue enviado en avión a reunirse con el elefante.

Como un verdadero parlamentario, Young agitó un pañuelo blanco y, habiéndose acercado, declaro:

-¡Querido Sapiens! El profesor Wagner le envía sus respetos, está a punto de llegar a Berlín y desea verle. Estoy autorizado para garantizarle que nadie le atacará si se decide a regresar.

El elefante le escuchó atentamente, reflexionó y luego, agarrándole con su trompa, montó a Young sobre su lomo y emprendió el camino de regreso, dirigiéndose hacia el norte. Young se encontró así representando el papel de rehén y de guardaespaldas: nadie se atrevería a disparar contra el elefante, ya que llevaba un hombre sentado sobre su cuello.

El elefante iba a pie, en tanto que el profesor Wagner y su ayudante Denissov viajaban en avión. En consecuencia, el profesor llegó a Berlín antes que él y se dirigió inmediatamente a casa de Strom.

El director había recibido ya un telegrama anunciándole que a la sola mención del nombre de Wagner Hoity había depuesto su actitud agresiva, y que se dirigía hacia Berlín.

-¿Quiere usted decirme en qué circunstancias adquirió usted ese elefante, y qué es lo que sabe de su historia? -le preguntó Wagner al director.

-Se lo compré a un tal mister Niks, comerciante en aceite y nuez de coco. Vive en el África Central, en el Congo, cerca de la ciudad de Matadi. Según él, el elefante se presentó un día en el jardín donde jugaban sus hijos y empezó a efectuar unas cabriolas extraordinarias: se erguía sobre las patas traseras, marcando unos pasos de baile, para apoyarse después en las patas delanteras y levantar las de atrás, agitando al mismo tiempo la cola de un modo tan cómico que los niños se retorcían de risa. Le bautizaron con el nombre de Hoity-Toity, que en inglés significa «afachendoso». El elefante se había acostumbrado a ese nombre, de modo que decidimos conservarlo después de haber comprado el animal. Aquí están todos los documentos relacionados con la compra. Todo está en regla, y es poco probable que la transacción pueda ser discutida.

-No tengo la intención de hacerlo -dijo Wagner-. ¿Tiene alguna seña particular el elefante?

-Sí, unas grandes cicatrices en la cabeza. Mister Niks creía que eran las huellas de las heridas que recibió al ser capturado. Para cazar elefantes, los salvajes utilizan unos procedimientos bastante bárbaros. Dado que esas cicatrices le afeaban un poco y podían provocar sensaciones desagradables en los espectadores, le cubríamos la cabeza con un gorro especial.

-No cabe ninguna duda. ¡Es él!

-¿Quién es «él»? -preguntó Strom.

-El elefante Sapiens. Mi elefante desaparecido. Lo capturé en ocasión de mi expedición al Congo belga y lo domestiqué. Pero una noche se marchó al bosque y no regresó. Todos mis esfuerzos para encontrarlo resultaron inútiles.

-Entonces, ¿quiere usted reclamar el elefante? -inquirió el director.

-No se trata de eso, aunque él puede presentar alguna reclamación. El hecho es que yo lo domestiqué aplicando unos métodos nuevos que dan unos resultados realmente asombrosos. Usted mismo habrá podido apreciar el extraordinario desarrollo de sus facultades mentales. Yo diría que el elefante Sapiens, o Hoity-Toity, como ahora se llama, posee en el más alto grado la conciencia de su personalidad. Cuando leí en los periódicos que en su circo se exhibía un elefante de facultades asombrosas, pensé que únicamente mi Sapiens era capaz de semejantes proezas: leer, calcular e incluso escribir, ya que yo le había enseñado a hacerlo. Mientras divertía apaciblemente a los berlineses y parecía contento con su suerte, no me consideré obligado a intervenir. Pero el elefante se ha sublevado. Por lo tanto, estaba descontento. Decidí acudir en su ayuda. Ahora, él debe decidir su destino. Tiene derecho a hacerlo. No olvide que si yo no hubiese llegado a tiempo, ya estaría muerto: los dos lo habríamos perdido. Pero no crea que deseo quitárselo, cueste lo que cueste. Hablaré con el

elefante. Tal vez si modifica usted su régimen, si elimina lo que le ha irritado, se quedará aquí.

-«¡Hablaré con el elefante!» ¡Eso va contra el sentido común! -exclamó Strom.

-Hoity-Toity es un elefante poco común. A propósito, ¿Cuándo llegará a Berlín?

-Esta noche. Parece tener prisa en volver a verle; según el telegrama que he recibido, recorre más de veinte kilómetros por hora.

Aquella misma noche, terminada la función, tuvo lugar la entrevista de Hoity-Toity y el profesor Wagner. Strom, Wagner y su ayudante Denissov se encontraban en la pista cuando apareció Hoity-Toity, cargado con Young. Al ver a Wagner el elefante corrió hacia él y le tendió su trompa como una mano. Wagner estrecho «aquella mano». Luego, el elefante bajó a Young de su espalda e instaló en ella a Wagner. El profesor levantó la enorme oreja del animal y murmuró unas palabras. Hoity-Toity sacudió la cabeza y empezó a agitar rápidamente su trompa delante del rostro de Wagner, que seguía con atención aquellos movimientos.

A Strom no le gustaron aquellos manejos misteriosos.

-Bueno, ¿qué ha decidido? -inquirió, en tono impaciente.

-Ha expresado el deseo de tomarse unas vacaciones a fin de poder contarme algunas cosas que me interesan. Después de las vacaciones, consiente en volver al circo. A condición de que el señor Young se disculpe por haberse mostrado grosero con él, y prometa no volver a recurrir a los métodos violentos. El elefante es insensible a los golpes, pero no está dispuesto a tolerar ninguna ofensa. Es una cuestión de principios.

-¿Qué yo le he pegado al elefante? -preguntó Young, con aire de fingida sorpresa.

-Sí, con un mango de escoba -afirmó Wagner-. No trate de negarlo, Young, el elefante no miente. Debe usted mostrarse cortés con él, como si fuera...

-...el presidente en persona.

-Un hombre, y no un hombre cualquiera, sino un hombre lleno de respeto por su persona.

-¿Un lord, acaso? -inquirió Young, sarcástico.

-¡Basta! -intervino Strom-. Usted ha sido el culpable de todo esto, y será sancionado. En cuanto al... señor Hoity-Toity, ¿cuándo quiere empezar sus vacaciones, y dónde tiene intención de pasarlas?

Haremos una excursión a pie -respondió Wagner-. Será muy agradable. Mi ayudante Denissov y yo nos instalaremos a lomos del elefante, y él nos conducirá hacia el sur. Ha expresado el deseo de pastar un poco en las praderas suizas.

Denissov sólo tenía veintitrés años, pero a pesar de su juventud había realizado ya varios descubrimientos científicos en el campo de la biología. «Hará usted carrera», le había dicho Wagner, y le había invitado a trabajar en su laboratorio. El los aceptó de muy buena gana. El profesor también estaba satisfecho de su alumno y hacía que le acompañara a todas partes.

El primer día que trabajaron juntos, Wagner le había dicho:

«Tiene usted un nombre demasiado largo. Si le llamo todos los días "Akim Ivanovich", perderé cuarenta y ocho minutos al año. Y en cuarenta y ocho minutos puede hacerse muchas cosas. De modo que trataré de evitar el llamarle. Si me veo obligado a hacerlo, me limitaré a decir "Den". Es breve y claro. Y usted puede llamarme "Wag"»

Wagner sabía aprovechar el tiempo.

Por la mañana todo estaba preparado. Wagner y Denissov se instalaron sobre el lomo de Hoity-Toity. Sólo se llevaban los efectos personales imprescindibles.

A pesar de lo temprano de la hora, Strom les acompañó.

-¿Con qué se alimentará el elefante? -pregunto el director.

-Daremos representaciones en las aldeas y en los pueblos -respondió Wagner-. Los espectadores le proporcionarán la comida. Sapiens ganará su sustento y también el nuestro. ¡Hasta la vista!

El elefante andaba lentamente por las calles. Pero cuando llegaron a las afueras de la ciudad y la cinta de la carretera se extendió delante de los viajeros, el animal aceleró su marcha sin que le aguijonearan.

-Usted se ocupará ahora del elefante. Y, para comprenderlo mejor, debe usted trabar conocimiento con su pasado, un pasado que no tiene nada de vulgar. Tome este cuaderno. Es un diario de viaje. Lo escribió su predecesor Peskov, con el cual realicé el viaje al Congo. Le ocurrió una desgracia que algún día le contaré. De momento, lea esto.

Wagner se instaló más cerca de la cabeza del elefante, desplegó delante de él una mesita y empezó a escribir en dos cuadernos a la vez, con la mano derecha y con la mano izquierda. Nunca hacía menos de dos cosas simultáneamente.

-Bueno, empieza -dijo, dirigiéndose sin duda al elefante.

El animal alargó su trompa hasta el oído de Wagner y empezó a sisear rápidamente, con breves intervalos:

-F-f-fff-f-fff-fff...

«Parece el alfabeto Morse», pensó Denissov, mientras abría el cuaderno que el profesor acababa de entregarle.

Con la mano izquierda, Wagner escribía lo que le dictaba el elefante, y con la derecha redactaba una obra científica. El animal andaba con un paso regular y su rítmico balanceo no molestaba al profesor. Denissov, que había empezado a leer el diario, no tardó en quedar cautivado por el relato. He aquí el contenido de aquel diario.

V - «Ring no será nunca un ser humano»

27 de marzo. Tengo la impresión de encontrarme en el gabinete de trabajo de Fausto. El laboratorio del profesor Wagner es extraordinario. ¿Qué es lo que no hay en él? La física, la química, la biología, la electrotecnia, la microbiología, la anatomía, la fisiología... Parece que no existe ningún campo que no interese a Wagner, o Wag, como él pide que le llamen. Microscopios, espectroscopios, electroscopios... Toda clase de «scopios» que permiten ver lo que es inaccesible al ojo humano. Y los mismos «equipos» para el oído: unos «microscopios» para el oído con ayuda de los cuales Wagner oye millares de ruidos nuevos: «El desplazamiento debajo del agua de los monstruos submarinos, el crecimiento de una viña lejana». Vidrio, cobre, aluminio, caucho, porcelana, ebonita, platino, acero; todo bajo unas formas y unas combinaciones de lo más diverso. Redomas, serpentines, probetas, lámparas, bobinas, espirales, cordones, interruptores, conmutadores, botones... Todo ello es un reflejo de la complejidad del cerebro del propio Wagner. Y en la estancia contigua Wagner cultiva tejidos del cuerpo humano, alimenta a un dedo vivo cortado a un hombre, el ojo de un conejo, el corazón de un perro, la cabeza de un carnero y... el cerebro de un hombre. ¡Un cerebro vivo, pensante! Yo estoy encargado de atenderlo. El profesor charla con ese cerebro, apoyando un dedo sobre su superficie. Ese órgano humano está

alimentado por una solución fisiológica especial, y yo debo rezar porque esté siempre fresca. Desde hace algún tiempo Wagner ha cambiado su composición, con objeto de sobrealimentar al cerebro, y, ¡cosa rara!, el cerebro ha empezado a aumentar de volumen. Yo no diría que ese cerebro resulta un espectáculo agradable a la vista.

29 de marzo. Wag discute animadamente algún asunto con el cerebro.

30 de marzo. Esta tarde, Wag me ha dicho:

-Es el cerebro de un joven científico alemán, Ring. Murió en Abisinia, pero su cerebro, como puede usted ver, continúa viviendo y pensando. En estos últimos tiempos ha entristecido. El ojo que le adapté ya no le satisface. Además de ver, quiere oír; no se resigna a permanecer inmóvil y desea desplazarse. Por desgracia, ha expresado su deseo demasiado tarde. Si lo hubiese formulado antes, tal vez hubiera podido satisfacer su petición. Hubiera podido encontrar un cadáver conveniente en lo que respecta a las dimensiones y transplantarle el cerebro de Ring. A condición de que el muerto hubiese fallecido a consecuencia de una enfermedad cerebral. Colocándole un nuevo cerebro, sano, habría conseguido reanimarle. Y el cerebro de Ring habría recibido un nuevo cuerpo. Habría podido gozar de la vida en toda su plenitud. Pero me entregué a un experimento sobre el desarrollo de los tejidos y ahora, como puede usted ver, el cerebro de Ring ha aumentado tanto de tamaño que no entrará en ningún cráneo humano. Por lo tanto, Ring no será nunca un ser humano.

-¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Que Ring puede ser cualquier otra cosa excepto un hombre?

-Exactamente. Puede ser, por ejemplo, un elefante. Es cierto que su cerebro no ha alcanzado aun el volumen del de ese animal. Pero la cosa es factible. Sólo hay que esperar a que el cerebro de Ring adquiera la forma deseada. Pronto me enviarán el cráneo de un elefante; pondré el cerebro en é y continuaré haciendo crecer sus tejidos hasta que llenen toda la cavidad.

-No querrá usted convertir a Ring en un elefante...

-¿Por qué no? Ya le he hablado de ello. Su deseo de ver, de oír y de moverse es tan grande que no le importaría convertirse en un cerdo o en un perro. El elefante es un animal noble, fuerte, que vive mucho tiempo. Y el cerebro de Ring puede vivir aun cien o doscientos años. ¿Es una mala perspectiva? Ring ha dado ya su consentimiento...

Denissov interrumpió su lectura y se dirigió a Wagner.

-Dígame, profesor: ¿es posible que el elefante que nos transporta...?

-Sí, sí, posee un cerebro humano -respondió Wagner, sin dejar de escribir-. Siga leyendo y no me interrumpa.

Denissov se calló, pero no reanudó inmediatamente la lectura. La idea de que el elefante sobre el cual cabalgaban estaba dotado de un cerebro humano le parecía monstruosa. Miró al animal con una curiosidad atemorizada y un supersticioso horror.

31 de marzo. Hoy hemos recibido el cráneo de un elefante. El profesor lo ha aserrado en sentido longitudinal a través de la frente.

-Así podremos introducir y retirar el cerebro con más facilidad, cuando haya que pasarlo de un cráneo al otro -explicó Wagner.

Examiné el interior del cráneo y quedé sorprendido al ver que el espacio a llenar era bastante restringido. Desde fuera, el elefante parecía más «inteligente».

-De todos los animales terrestres -continuó Wag-, el elefante es el que tiene los senos frontales más desarrollados. ¿Ve usted? Toda la parte superior del cráneo está compuesta de cámaras de aire que un profano suele tomar por la caja craneana. Sin embargo, en el elefante, el cerebro relativamente pequeño queda oculto más allá, casi en la región del oído. Así, los disparos dirigidos contra la parte anterior de la cabeza no alcanzan su objetivo: las balas taladran algunos tabiques óseos, pero no destruyen el cerebro.

Wag y yo habíamos practicado varios orificios en el cráneo para los tubos que alimentarían al cerebro con soluciones nutritivas, y luego colocamos cuidadosamente el cerebro de Ring en una de las mitades del cráneo. No la llenaba, ni mucho menos.

-No importa, crecerá por el camino -dijo Wag, encajando en su lugar la segunda mitad del cráneo.

Confieso que no creo demasiado en el éxito del experimento de Wag, a pesar de que conozco sus numerosos inventos extraordinarios. Pero este caso es sumamente complicado. habrá que superar obstáculos considerables. Ante todo, hay que procurarse un elefante vivo. Encargar uno a África o a la India resultaría demasiado caro. Además, podría ser poco idóneo para el experimento, por uno u otro motivo. De modo que Wag ha decidido llevarse el cerebro de Ring al Congo, donde ya estuvo en otra ocasión, capturar a un elefante y practicar la operación sobre el terreno. ¡Efectuar un transplante! Decirlo no costaba nada. Pero no era tan sencillo como pasarse los guantes de un bolsillo a otro. Habría que localizar y empalmar todas las extremidades de los nervios, todas las venas y arterias. La anatomía del hombre y la del animal tienen muchos puntos en común, pero las diferencias entre ellos son también muy notables. ¿Cómo conseguirá Wagner unir esos dos sistemas? Además, esa complicada operación debe ser practicada en un elefante vivo...

VI - Los monos juegan al fútbol

27 de junio. Estas notas corresponden a varios días. El viaje no es pródigo únicamente en placeres. Ya en el vapor, y sobre todo en la canoa, los mosquitos nos acribillaron. Es cierto que cuando navegamos por el centro del río, ancho como un lago, son menos numerosos. Pero en cuanto nos acercamos a la orilla inmensas nubes de insectos se lanzan sobre nosotros. Cuando nos bañamos, unas moscas negras cubren nuestros cuerpos y chupan nuestra sangre. Apenas desembarcados, somos asaltados por nuevos enemigos: las pequeñas hormigas y las pulgas de arena. Cada noche tenemos que examinar nuestras piernas y sacudir de ellas las pulgas. Las serpientes, los ciempiés, las abejas y las avispas nos producen también tormentos.

El avance entre la maleza no resulta fácil, ni siquiera en los lugares descubiertos: la hierba tiene unos tallos que se elevan hasta cuatro metros del suelo. Las hojas afiladas de los árboles arañan las manos y el rostro. La hierba se enrosca alrededor de las piernas. Cuando llueve, el agua se acumula en las hojas para caer después a torrentes encima de uno. Hay que avanzar en fila india, siguiendo unos angostos senderos trazados en los bosques y en la maleza. Esos senderos son las únicas vías de comunicación que existen. Somos veinte, incluidos dieciocho porteadores y guías de la tribu negra de los Fans.

Finalmente, hemos llegado. Acampamos a orillas del lago Tumba. Nuestros guías descansan. Se entregan a la pesca. A duras penas logramos arrancarles de aquella ocupación para que nos ayuden a instalarnos. Tenemos dos grandes

tiendas. El lugar está bien elegido, sobre una colina seca. La hierba no es muy alta. Y se domina una gran extensión de terreno. El cerebro de Ring ha soportado bien el viaje, su estado es satisfactorio. Espera con impaciencia su retorno al mundo de los ruidos, de los colores, de los olores y otras sensaciones. Wag le infunde ánimos, diciéndole que ya no tendrá que esperar mucho. El profesor está ocupado en unos preparativos misteriosos.

29 de junio. El campamento está en ebullición: los Fans han descubierto las huellas recientes de un león muy cerca de la colina. Hago abrir una caja de fusiles y distribuyo las armas entre aquellos que dicen que saben utilizarlas. Esta tarde he organizado una sesión de tiro al blanco. ¡Es espantoso! Apoyan la culata contra su vientre o su rodilla, el retroceso les tumba de espaldas y colocan las balas a ciento ochenta grados del blanco. Pero su excitación supera todos los límites. Arman un jaleo de todos los diablos y sus gritos acabarán por atraer a todas las fieras hambrientas de toda la cuenca del Congo.

30 de junio. Anoche, el león llegó muy cerca de nuestro campamento. Dejó piezas de convicción: los restos de un jabalí al que devoró casi por entero. El cráneo esta cascado como una nuez, y las costillas completamente trituradas. ¡No quisiera encontrarme con ese molino de huesos!

Los Fans están asustados. Al hacerse de noche se reúnen cerca de nuestras tiendas, encienden fogatas y no dejan que se apaguen en toda la noche. Ahora comprendo el miedo del hombre primitivo ante ese terrible animal. Cuando el león empieza a rugir -y he escuchado varias veces sus rugidos- me sucede algo raro: el temor que legaron mis antepasados se despierta en mi sangre y mi corazón cesa de latir. Ni siquiera tengo deseos de huir. Sólo deseo una cosa: permanecer inmóvil completamente encogido sobre mí mismo, o hundirme en la tierra como un topo. En cuanto a Wag, no parece oír los rugidos del león. Continúa trabajando en su tienda, como si tal cosa. Esta mañana, después de desayunar, ha entrado en mi tienda y me ha dicho:

-Mañana por la mañana iré al bosque. Los Fans me han asegurado que una antigua pista de elefantes conduce hacia el lago. Los elefantes acudían a abrevarse no lejos de nuestro campamento. Pero cambian con frecuencia de pastos. El «camino» abierto por ellos empieza a ser invadido por la vegetación. Por lo tanto, se han marchado más lejos. Hay que encontrarlos.

-Pero usted sabe, sin duda, que un león ronda en torno a nosotros... No intente marcharse solo, sin un fusil.

-No temo a ninguna fiera -respondió-. Conozco cierta palabra, una formula mágica.

Y una leve sonrisa distendió sus labios.

-¿Y piensa ir al bosque desarmado?

Wag inclinó afirmativamente la cabeza.

2 de julio. Suceden cosas muy raras. Esta mañana, me estaba lavando delante de mi tienda cuando Wag ha salido de la suya. Llevaba un traje de franela, un casco de corcho y unas botas de suela muy gruesa. Vestido para la marcha, pero sin cartucheras ni fusil. Le he dado los buenos días. Me ha contestado con una inclinación de cabeza y se ha puesto en marcha, andando con precaución, según me ha parecido. Poco a poco, su paso se ha hecho más seguro y más rápido. Cuando el camino empezaba a descender, Wag ha levantado

los brazos al aire y... en aquel momento se ha producido algo extraordinario que ha arrancado una exclamación de mis labios y de los labios de los Fans.

Wag ha dado una voltereta con la cabeza hacia adelante y las piernas hacia atrás y ha continuado girando sobre sí mismo, primero lentamente, luego con creciente velocidad. Finalmente, la rotación de su cuerpo se ha acelerado hasta el punto de que su cabeza y sus piernas formaban un círculo vago, en tanto que el centro de su cuerpo se distinguía como un núcleo oscuro. El fenómeno se ha prolongado hasta que Wag ha llegado al pie de la colina. Ha dado unas cuantas vueltas más sobre sí mismo en terreno llano, luego ha recobrado su posición normal y se ha encaminado hacia el bosque con su paso habitual.

No he podido comprender nada, y los Fans tampoco, con más motivo... Estaban, no solo sorprendidos, sino también asustados: lo que acababan de presenciar era para ellos un fenómeno extraordinario. Para mi, aquellas volteretas constituían únicamente un enigma más entre los que Wag me había planteado con tanta frecuencia.

Todo aquello estaba muy bien, pero había que pensar en el león. ¿No confiaba Wag excesivamente en sus propias fuerzas? Sé que puede asustarse a un perro con un fenómeno sobrenatural: atad un hueso a un hilo y echádselo a un perro. Cuando vaya a coger el hueso, tirad del hilo. El hueso se pondrá en movimiento, como queriendo huir. El perro, asustado por aquel hecho extraordinario, escapará, con el rabo entre las patas, abandonando el hueso «animado». Pero, ¿huiría el león ante las volteretas de Wag? No era seguro. Y yo no podía dejar al profesor sin protección.

Empuñando el fusil, acompañado de cuatro Fans, los más valientes y avispados, seguí a Wag. Sin observar nuestra presencia, marchaba delante de nosotros por una pista bastante ancha practicada por los elefantes. Millares de animales que acudían al abrevadero la habían apisonado. Cada vez que se presentaba uno de aquellos obstáculos, Wag se paraba, levantaba la pierna mucho más arriba de lo necesario y daba un paso muy largo. A veces, después de aquello, su cuerpo se inclinaba hacia adelante, sin encorvarse, y luego se erguía verticalmente, antes de continuar su camino. Le seguíamos a cierta distancia. No tardamos en distinguir una claridad delante de nosotros. La pista se ensanchaba y desembocaba en un claro.

Wag había salido de la sombra y marchaba ya por el claro inundado de luz, cuando oí un gruñido que sólo podía haber emitido un animal de gran tamaño irritado o molesto. Pero aquel gruñido no me recordó el rugido del león. Los Fans susurraron el nombre de la fiera, pero yo desconocía el lenguaje indígena. A juzgar por la expresión de sus rostros, la fiera que había gruñido les inspiraba tanto miedo como el león. De todos modos, continuaron escoltándome, y yo, alarmado, apresuré el paso. Al desembocar en el claro, contemplé una escena muy curiosa.

A mi izquierda, a una decena de metros del bosque, vi un pequeño gorila, tan alto como un niño de diez años. A poca distancia de él se hallaban un gorila hembra de pelambrera rojiza y un enorme macho. Wag cruzaba el claro con bastante rapidez, y es probable que se hubiera encontrado entre el pequeño y sus padres antes de haber divisado a las fieras. El macho, al ver al hombre, profirió aquel ronco gruñido que yo había oído cuando me encontraba aun en el bosque. Wag había visto a las fieras: miró de soslayo al gorila macho, pero continuó avanzando con su paso normal. El pequeño gorila, por su parte, empezó a emitir unos gritos penetrantes, mientras trepaba precipitadamente a un arbusto.

El macho gruñó por segunda vez. Los gorilas evitan a los hombres, pero si se ven obligados a luchar despliegan una intrepidez y una ferocidad extraordinarias. Al ver que el hombre seguía avanzando, y temiendo sin duda por su hijo, el macho se irguió bruscamente sobre sus patas traseras y adoptó una actitud combativa. No sé si existe una fiera más impresionante que aquella monstruosa copia del hombre. El gorila tenía una estatura enorme tratándose de un mono; era tan alto como un hombre de talla mediana, pero su caja torácica me pareció dos veces mayor que la del hombre. Su torso era inmenso y sus brazos tan recios como vigas. Sus manos y pies eran sumamente largos. Tenía unos ojos feroces y su boca, torcida por un rictus, mostraba unos dientes enormes y brillantes. Con sus grandes puños, la fiera se golpeó el pecho con tanta fuerza que resonó como un gran tonel vacío. Luego, rugió, emitió una especie de ladrido y, apoyándose en el suelo con su brazo derecho, corrió hacia Wag.

Confieso que estaba tan aturdido que no pude echarme el fusil al hombro. En unos segundos, el gorila recorrió la distancia que le separaba de Wag y...

Y ocurrió algo extraordinario. En pleno impulso, la fiera chocó contra una barrera invisible, profirió un rugido y cayó al suelo. Wag, por su parte, no cayó, sino que giró de nuevo sobre sí mismo, tenso el cuerpo, las manos en alto. El fracaso enfureció más al animal. Se incorporó y trató de saltar de nuevo sobre el profesor. Esta vez voló por encima de su cabeza y volvió a aterrizar en el suelo. Loco de rabia, el macho empezó a rugir, a ladrar, a gruñir, a escupir espuma y a lanzarse contra Wag, tratando de rodearle con sus brazos monstruosos. Pero, evidentemente, entre el gorila y el profesor había un obstáculo invisible, aunque sólido. A juzgar por la posición de los brazos de la fiera, comprendí que se trataba de un balón. Invisible, transparente como el cristal, sin ningún reflejo, y resistente como el acero. ¡Aquel era el último invento de Wag!

Convencido de su seguridad, me dedique a seguir con atención aquel juego poco corriente. Mis Fans danzaban frenéticamente, dejando caer sus fusiles, mientras el juego se animaba cada vez más.

El gorila hembra parecía contemplar a su enfurecido esposo con una curiosidad no menor que la nuestra. Y, bruscamente, emitiendo un aullido belicoso, corrió en su ayuda. El juego adquirió un nuevo aspecto. Muy excitados, los gorilas se lanzaron contra el balón invisible, el cual empezó a volar de un lado a otro, como una verdadera pelota de fútbol. Desde luego, no debía resultar agradable encontrarse en el interior de aquel balón, sobre todo cuando los que representaban el papel de futbolistas apasionados eran unos gorilas... El cuerpo de Wag, tenso como un arco, continuaba girando como una rueda. Ahora comprendía por qué su cuerpo estaba tenso y sus brazos levantados: con las manos y los pies se apoyaba contra las paredes del balón para que no se comprimiera. Aquellas paredes debían ser muy sólidas. Cuando los gorilas atacaban al balón por los dos lados a la vez, llevados de su impulso, lo hacían salir despedido hacia lo alto, alcanzaba una altura de tres metros y, al caer de nuevo al suelo, quedaba siempre intacto. Sin embargo, ya empezaba a fatigarse. Resulta imposible mantenerse mucho tiempo en aquella posición, con todos los músculos en tensión. Súbitamente le vi doblarse sobre sí mismo y caer al fondo del balón.

El asunto adquiría un mal aspecto. No podía seguir limitado al papel de espectador. Llamé a los Fans, les hice recoger los fusiles y nos dirigimos hacia el balón. Pero prohibí a los indígenas que disparasen sin orden mía por temor a que hiriesen a Wag: ignoraba si el balón era resistente a las balas. Además, debía

tener orificios para que Wag pudiera respirar; y las balas podían penetrar a través de aquellos agujeros...

Nos acercamos gritando y haciendo ruido para atraer la atención sobre nosotros. El macho fue el primero en volver la cabeza, y rugió en tono amenazador. Al ver que aquello no producía efecto, salió a nuestro encuentro. En cuanto se apartó del balón, disparé. La bala se incrustó en el pecho del gorila. Lo supe por el hilillo de sangre que manchó su pelambrera rojiza. La fiera profirió un aullido, se llevó una mano a la herida, pero no cayó, sino que corrió aun más aprisa hacia mi. Disparé por segunda vez y le alcancé en el hombro. Pero el gorila estaba ya a mi lado y agarró bruscamente el cañón de mi fusil. Con una fuerza increíble, me arrancó el arma de las manos y, ante mis ojos, dobló el cañón y lo rompió. Esto le pareció insuficiente, por lo visto, ya que lo agarró entre sus dientes y empezó a roerlo como si fuera un hueso. Luego se tambaleó súbitamente, cayó al suelo y se estremeció convulsivamente, sin soltar el fusil retorcido. La hembra había desaparecido.

-¿Se encuentra usted bien?

Oí la voz de Wag como llegada de muy lejos. Tal vez porque el gorila me había acariciado un poco las costillas...

Levanté los ojos y vi a Wag de pie delante de mi. Ahora que estaba tan cerca, observé que una envoltura transparente rodeaba su cuerpo. Mirando con más atención me di cuenta de que no veía la envoltura, que era absolutamente transparente, sino las huellas de las patas de los gorilas y el barro pegado en algunos lugares a la superficie del balón.

Wag había observado mi mirada fija en aquellas manchas. Sonrió y me dijo:

-Si el suelo esta húmedo, aparecen algunas huellas sobre la superficie del balón y se hace visible. Pero ni el polvo ni las hojas secas se pegan a él. Si tiene usted fuerzas suficientes para levantarse, póngase de pie y regresemos. Por el camino le hablaré de mi invento.

Me levanté y miré a Wag. También el había sufrido: en su rostro se observaban algunos hematomas.

-No tiene importancia -me dijo-. Ha sido una lección. He aprendido que no puede uno pasearse por el bosque tropical desarmado, aunque se encuentre en el interior de esta esfera impenetrable. Nunca pensé que llegaría a encontrarme dentro de una pelota de fútbol...

-¡Ah! ¿También a usted se le ha ocurrido esa comparación?

-Si. Bueno, escuche. ¿Ha leído usted por casualidad que en América han inventado un nuevo metal transparente como el cristal y tan resistente como el acero? Se dice que han construido un avión militar con ese material. La ventaja es evidente: resulta casi invisible para el enemigo. Y digo «casi» porque tiene que verse el piloto, como me ven a mí dentro de la esfera. Pues bien, hace mucho tiempo que había pensado en construir una «fortaleza» que no me impidiera observar la vida de los animales al tiempo que me protegía de cualquier posible ataque. Realicé varios experimentos y alcancé mi objetivo. Este balón es de caucho. ¡Oh, los hombres están muy lejos de haber utilizado todas las cualidades de este material extraordinario! He logrado obtener un caucho trasparente como el cristal y sólido como el acero. A pesar de la desagradable aventura que acabo de vivir y que hubiese podido tener un final todavía más desagradable, considero que mi invento ha sido un éxito. ¿Y los gorilas? ¿Quién podía imaginar que los encontraría aquí? Es cierto que se trata de una región bastante salvaje, pero habitualmente los gorilas habitan en zonas más inaccesibles.

-Pero, ¿cómo se desplaza usted?

Es muy sencillo. coloco el pie sobre la pared interior del balón y, con el peso de mi cuerpo, lo llago rodar hacia adelante. La superficie tiene orificios para la respiración. El balón está compuesto de dos hemisferios; penetro en él y me encierro, abrochando las correas de caucho transparente. El inconveniente tal vez sea que en las bajadas resulta difícil parar el balón; gira con mucha rapidez, y entonces hay que hacer un poco de gimnasia. Pero, ¿por qué no hacerla, después de todo?

VII - Unas trabas invisibles

20 de julio. Hay otra laguna en mi diario.

Los elefantes se habían marchado muy lejos. Tuvimos que levantar el campamento y seguir su pista hasta dar con unas huellas recientes de la manada. Dos días después, los Fans localizaron el lugar donde abrevaban los animales. Los Fans son diestros cazadores de elefantes, pero Wag prefirió utilizar sus propios métodos. Ordenó que colocaran una caja cerca de la pista y empezó a sacar de ella algo invisible. Los Fans, poseídos de un terror supersticioso, seguían con la mirada los movimientos del profesor, sus manos que cogían «algo» invisible y lo desplazaban. A sus ojos, Wag era un gran hechicero, sin duda.

Wag no me había dicho nada aun, pero yo había adivinado ya que sacaba de la caja unos utensilios destinados a la captura del elefante y hechos con la misma materia invisible.

-Acérquese y pálpeme -dijo Wagner, viendo que me moría de curiosidad.

Me acerqué, palpé el aire y súbitamente apreté entre mis manos una cuerda de un centímetro de diámetro, como mínimo.

-¿Es caucho?

-Sí, una de las innumerables variedades de caucho. Esta vez lo he hecho flexible como una cuerda, pero tan sólido y tan invisible como el balón. Con estas trabas invisibles, haremos unas lazadas y las colocaremos sobre la pista que siguen los elefantes. El animal quedará atrapado y lo capturaremos.

No fue una tarea fácil tender las cuerdas invisibles en el suelo y hacer lazadas con ellas. Más de una vez tropezamos con la «cuerda». Pero al anochecer el trabajo quedó terminado y sólo nos quedaba esperar a los elefantes.

Era una hermosa noche tropical. La selva se llenó de ruidos misteriosos y de suspiros. Ora se tenía la impresión de oír llorar a alguien, una bestezuela, quizá, que abandonaba la vida; ora unos estallidos de risa diabólica que hacían estremecer a los Fans.

Los elefantes se acercaron sin ser vistos. El enorme jefe de la manada avanzaba delante de sus compañeros, removiendo sin cesar su larga trompa. Aspiraba millares de olores, los clasificaba, reparando en los que ocultaban algún peligro. A unos metros de nuestras trabas invisibles se paró repentinamente y alargó su trompa, manteniéndola completamente recta. Trataba de reconocer algo. Tal vez había olfateado el olor de nuestros cuerpos, a pesar de que por consejo de los Fans nos habíamos bañado en el lago poco antes de la puesta del sol y habíamos lavado también nuestra ropa interior: en el Ecuador se suda todo el día.

-Esto va mal -susurró Wag-. El elefante ha captado nuestra presencia; creo que ha olfateado el olor, no de nuestros cuerpos, sino el del caucho. No había pensado en ello...

El elefante vacilaba visiblemente. Parecía reconocer un olor nuevo para él. ¿Qué amenaza ocultaba? Avanzó lentamente, tal vez para reconocer mejor la

fuente de aquel extraño olor. Dio algunos pasos y quedó atrapado en la primera lazada. Tiró de su pata delantera, pero el invisible obstáculo no la soltó. El animal tiró con más fuerza. Pero la «cuerda» de Wag resistió aquella extraordinaria tensión.

Cantábamos ya victoria. Pero en aquel momento ocurrió algo imprevisto. El grueso árbol al cual estaba atada la «cuerda» cayó como abatido por un hacha. Sorprendido, el elefante cayó hacia atrás, pero se incorporo rápidamente, dio media vuelta y desapareció, dando la voz de alarma.

-¡Mal asunto! -dijo Wagner-. Los elefantes no volverán a presentarse donde coloquemos las lazadas. Aunque no las vean, las perciben por el olor. A menos de que me ocupe de su desodorización química... Hum... Olores... -Wagner se interrumpió, reflexionando profundamente. Al cabo de unos instantes añadió-: ¿Por qué no? Se me ha ocurrido una idea: para capturar un elefante, podríamos ensayar un medio químico, un gas, por ejemplo. No tenemos que matar al elefante, eso no resultaría difícil, hay que hacerle perder el sentido. Nos colocamos unas mascarillas, traemos un balón de gas y lo soltamos en ese sendero. La vegetación que lo rodea es muy espesa y forma un verdadero túnel: el gas se mantendrá en él perfectamente... ¡Pero existe otro medio más sencillo!

Wagner se echo a reír. Por lo visto, la nueva idea que se le había ocurrido era muy divertida.

-Ahora, sólo nos queda descubrir el abrevadero que escogerán los elefantes. Es poco probable que vuelvan aquí...

VIII - Vodka para elefantes

21 de julio. Los Fans han descubierto el nuevo abrevadero. Es un pequeño lago en medio del bosque. Cuando los elefantes se alejaron, después de abrevar, Wag, los indígenas y yo pusimos manos a la obra. Nos desvestimos, entramos en el agua y empezamos a hundir los pies en el fondo, fijándolos en filas apretadas para represar una pequeña parte del lago. A continuación completamos la presa con arcilla. La parte del lago en la cual bebían los elefantes quedó así separada del resto.

-Perfecto -dijo Wag-. Ahora, vamos a «envenenar el agua». Para hacerlo, tengo una excelente droga, en realidad inofensiva, pero que actúa con más intensidad que el alcohol.

Wag trabajó varias horas en su laboratorio y, finalmente, salió de él con un cubo de «vodka para elefantes». Aquel vodka fue vertido en el agua. Luego trepamos a un árbol y nos dedicamos a observar.

-¿Cree que los elefantes beberán su vodka, profesor? -inquirí.

-Espero que les gustará. Los osos lo beben de buena gana. Incluso se convierten en verdaderos alcohólicos. Pero, ¡silencio! Alguien llega...

Apareció un puercoespín, seguido de una hembra y de ocho crías. Toda la familia se dirigió hacia el agua. Un minuto después vimos aparecer a otras cinco hembras, pertenecientes sin duda a la misma tribu. El macho se acercó al agua y empezó a beber. Pero levantó inmediatamente su hocico, resopló y pasó a otro lugar. Probó el agua, y tampoco fue de su agrado. Empezó a sacudir la cabeza.

-No quiere beber -le susurré a Wag.

-Aun no le ha tomado gusto al brebaje -respondió el profesor, en el mismo tono.

Wag tenía razón. El macho dejó de sacudir la cabeza y volvió a beber. La hembra estaba muy excitada y me pareció que gritaba a sus pequeños para que

no bebieran. Sin embargo, al cabo de unos instantes también ella le tomó el gusto. El puercoespín, las hembras y los pequeños bebieron prolongadamente, más prolongadamente que de costumbre. Los pequeños fueron los primeros en emborracharse: empezaron a proferir gritos penetrantes, a echarse unos sobre otros, a correr alocadamente. Las seis hembras no tardaron en achisparse. Se tambaleaban y, emitiendo leves gruñidos, iniciaron una serie de movimientos extraordinarios: se erguían sobre sus patas traseras, se revolcaban por el suelo e incluso daban volteretas. Luego se desplomaron y se quedaron dormidas con los pequeños. Únicamente el macho tenía un mal vino. Gruñía ferozmente, embestía el enorme tronco de un árbol y hacía otras tonterías.

Absortos en sus manejos, no nos dimos cuenta de la llegada de los elefantes. Con paso cadencioso, aparecieron uno tras otro. En aquel momento, el terreno despejado delante del lago recordaba la pista de un circo. Pero ningún circo había contado nunca con semejante cantidad de artistas cuadrúpedos. Confieso que me asusté al ver tantos elefantes. Desde lo alto, parecían enormes ratas. Eran unos de veinte.

El puercoespín, en vez de ponerse a salvo, gruñó bruscamente con aire amenazador y se lanzó como una flecha contra la manada de elefantes. El jefe, que marchaba en cabeza, no esperaba aquel ataque. Inclinó la cabeza y miró con curiosidad al asaltante. Pero el puercoespín no detuvo su carrera y fue a chocar contra las gruesas patas. El elefante alargó rápidamente su trompa, agarró al puercoespín por la cintura y lo despidió con tanta fuerza que fue a caer al agua.

El puercoespín se agitó, salió a la orilla, tragó apresuradamente unos sorbos, como para infundirse valor, y corrió de nuevo hacia el elefante. Pero esta vez el paquidermo no se anduvo con contemplaciones: sujeto al macho con la trompa y le aplastó con uno de sus pies. Del puercoespín solo quedaron la cabeza y la cola; el torso y las patas fueron reducidos a papilla.

Con el mismo paso tranquilo y rítmico, como si no hubiese pasado nada, el jefe de la manada cruzó la «pista», contorneó con precaución a las hembras y las crías que yacían en el suelo, descendió hasta el agua y hundió su trompa en ella. Llenos de curiosidad, observamos la escena.

El elefante empezó a beber. Luego levantó la trompa y hurgó en el agua, probablemente comparando su sabor en distintos lugares. Dio algunos pasos y volvió a hundir la trompa en el agua lejos del espacio represado.

Cuando empezaba a pensar que también en esta ocasión habíamos fallado el golpe, tuve que llevarme la mano a la boca para ahogar una exclamación de sorpresa. El elefante retrocedió y hundió la trompa en el «vodka». Todos los otros miembros de la manada se alinearon a su lado. Pero nuestra represa no era muy grande, de modo que varios de los elefantes bebían agua normal.

Me pareció que no terminarían nunca. Veía hincharse monstruosamente los flancos del jefe. Bebía insaciablemente.

Media hora después, el nivel del agua en nuestra represa había descendido a la mitad. En una hora, el jefe y sus compañeros apuraron todo el líquido. Mientras bebían, empezaron a tambalearse. Uno de ellos cayó al agua. Berreó, se incorporó y volvió a caer de costado. Luego, habiendo apoyado la trompa sobre la orilla, emitió un berrido tal que cayeron unas hojas y los pájaros asustados remontaron el vuelo hacia las cimas de los árboles.

El jefe se apartó un poco del lago, resoplando. Se paró. Su trompa colgaba como un andrajo. Sus orejas, ora se levantaban, ora volvían a caer sin vida. Se balanceaba lentamente hacia adelante y hacia atrás. A su alrededor, sus compañeros se desplomaban como alcanzados por las balas. Y los que no habían

bebido «vodka» contemplaban aquel cuadro con aire asombrado. Berreaban con inquietud, acercándose a los intoxicados y tratando incluso de levantar a algunos de ellos. Una hembra abordó al jefe y le palpó ansiosamente la cabeza con su trompa. Sin dejar de balancearse, agitó la cola a guisa de respuesta a la caricia. Luego, levantó súbitamente la cabeza, resopló y cayó al suelo. Los otros, desamparados, se agruparon a su alrededor, no atreviéndose a ponerse en camino sin su jefe.

-Si los elefantes que no han bebido se quedan aquí, la cosa se pondrá fea -dijo Wag en voz alta-. No quisiera verme obligado a matarlos a todos... Pero, veamos lo que pasa.

Los elefantes parecieron conferenciar. Emitieron unos sonidos extraños, sin dejar de agitar sus trompas. Aquella deliberación duró bastante tiempo. Empezaba a asomar la aurora cuando eligieron un nuevo jefe y se alejaron lentamente de la «pista» donde yacían los «cadáveres» de sus compañeros.

IX - Ring se convierte en elefante

Había que bajar del árbol. Emocionado contemplé la pista que ahora recordaba un campo de batalla. Los elefantes estaban acostados sobre el flanco, mezclados con las hembras y las crías de puercoespín. Pero, ¿duraría mucho aquella embriaguez? ¿Y si los elefantes se levantaban antes de que hubiésemos terminado el trasplante de cerebro? Y los animales, como para asustarme más, agitaban de cuando en cuando sus trompas y gemían en sueños.

Pero Wag no les prestaba la menor atención. Descendió rápidamente y empezó a trabajar. Mientras los Fans se dedicaban a matar a los puercoespines dormidos, el profesor y yo procedimos a practicar la operación. Todo estaba preparado. Wag había encargado de antemano unos instrumentos quirúrgicos que pudieran vérselas con los sólidos huesos del elefante. Se acercó al jefe, sacó de la caja un cuchillo esterilizado, practicó unas incisiones en la cabeza del animal, apartó la piel y empezó a aserrar el cráneo. El elefante agitó varias veces la trompa.

Aquello me ponía nervioso, pero Wag me tranquilizó:

-No tema. Respondo del efecto de mi narcótico. No se despertará antes de tres horas, y durante ese tiempo espero que habré podido sacar su cerebro; después de esto, ya no será peligroso para nosotros.

Y continuó aserrando metódicamente el cráneo. Los instrumentos eran buenos, y Wag no tardó en levantar una parte del hueso parietal.

-Si tiene usted ocasión de cazar elefantes -me dijo-, sepa que sólo podrá matarlos si toca este pequeño lugar -y Wag me mostró un espacio entre el ojo y la oreja no mayor que la palma de la mano-. He aleccionado ya al cerebro de Ring para que proteja ese espacio.

Con bastante rapidez, Wag sacó la materia cerebral de la cabeza del elefante. Pero en aquel momento ocurrió algo inesperado. El elefante, privado del cerebro, se movió, agitó su enorme cuerpo y, ante nuestras miradas estupefactas, se levantó y echó a andar. Pero no parecía ver nada delante de sí, a pesar de que sus ojos estaban abiertos. Tropezó con el cuerpo de otro elefante tendido en el suelo y se desplomó. Su trompa y sus piernas se agitaron convulsivamente.

«¿Es posible que muera?», pensé, preocupado.

Wag esperó a que el elefante dejara de moverse y continuó la operación.

Ahora está muerto -dijo-, como es lógico en un animal desprovisto de cerebro. Pero lo resucitaremos. No es muy difícil. Páseme en seguida el cerebro de Ring. Con tal de que no se produzca una infección...

Después de haberme lavado cuidadosamente las manos, saqué del cráneo que habíamos traído el cerebro de Ring y se lo entregué al profesor.

-Muy bien -dijo, colocándolo en el cráneo del elefante.

-¿Encaja? -pregunté.

-Es un poco pequeño. Pero eso no tiene importancia. Peor sería que fuera demasiado grande y no pudiera entrar en la caja craneana. Ahora, falta lo esencial: conectar los extremos de los nervios. Cada uno de los nervios que voy a coser constituirá un contacto entre el cerebro de Ring y el cuerpo del elefante. Puede usted descansar. Quédese sentado y mire, pero no me moleste.

Y Wag empezó a trabajar cuidadosamente pero con una rapidez extraordinaria Era un verdadero artista. Sus dedos recordaban los de un virtuoso del piano interpretando un pasaje difícil. Una gran atención se leía en su rostro, y sus ojos miraban a un solo punto, lo cual le sucedía en los casos de extremo recogimiento. Era evidente que en aquel momento las dos mitades de su cerebro realizaban el mismo trabajo, controlándose, hasta cierto punto, la una a la otra. Finalmente, Wag cubrió el cerebro con la tapa craneana, colocó unas grapas metálicas y cosió la piel.

-Perfecto. Ahora, si todo sale bien, solo quedarán unas cicatrices en la piel. Pero creo que Ring me lo perdonará.

«¡Ring me lo perdonará!» Ya, ahora, el elefante se ha convertido en Ring, o Ring se ha convertido en elefante. Me acerqué al animal en cuya cabeza se encontraba el cerebro humano y miré con curiosidad los ojos abiertos. Aparecían tan desprovistos de toda vida como antes.

-¿A que es debido eso? -inquirí-. El cerebro de Ring tiene que estar consciente y, sin embargo, sus... (no podía decir ni los del elefante, ni los de Ring) ojos parecen vidriosos.

-Es muy sencillo -respondió Wag-. Los nervios que parten del cerebro están cosidos, pero aun no se han soldado. He advertido a Ring que no tratara de moverse antes de que los nervios se hallaran en condiciones. He adoptado medidas para que eso ocurra lo antes posible.

El sol empezaba a declinar ya hacia el oeste. Los Fans, sentados a orillas del agua cerca de las fogatas, asaban la carne de los puercoespines y se atracaban de ella. Algunos la devoraban completamente cruda. De pronto, uno de los elefantes embriagados empezó a berrear ruidosamente. Aquella llamada penetrante despertó a los otros, que se irguieron sobre sus patas. Wag, los Fans y yo nos pusimos precipitadamente a salvo en los matorrales. Los elefantes, que se tambaleaban aun, se acercaron al jefe, le palparon prolongadamente, le olfatearon con sus trompas y conferenciaron en su idioma. Imagino lo que debía experimentar Ring si podía ya ver y oír. Finalmente, los elefantes se marcharon. Regresamos al lado de nuestro paciente.

-Cállese y no conteste nada -dijo Wag, dirigiéndose al elefante, como si este pudiera hablar. A lo único que puedo autorizarle es a guiñar los ojos, si se encuentra ya en condiciones de hacerlo. Ahora, si ha entendido lo que acabo de decirle, guiñe los ojos dos veces.

El elefante guiñó los ojos dos veces.

-¡Muy bien! -dijo Wagner-. Hoy tendrá que quedarse acostado, sin moverse; mañana tal vez le permitiré que se levante. Para que no le molesten los elefantes ni otros animales, bloquearemos la pista y encenderemos fogatas.

24 de julio. Hoy, el elefante se ha levantado por primera vez.

-¡Le felicito! -dijo Wag-. Ahora, qué nombre vamos a ponerle? No podemos revelar a los demás nuestro secreto. Le llamaré Sapiens. ¿De acuerdo?

El elefante inclinó afirmativamente la cabeza.

-Para podernos expresar, utilizaremos la mímica, por el sistema Morse. Puede usted agitar la punta de su trompa: hacia arriba, un punto; de costado, una raya. Y, si le parece más cómodo, conteste por medio de sonidos. Trate de agitar la trompa.

El elefante empezó a moverla, pero de un modo raro: la trompa giraba desordenadamente, como una articulación descoyuntada.

-Es la falta de costumbre. Hasta ahora, nunca tuvo usted trompa, Ring. Veamos a continuación si puede andar.

El elefante dio algunos pasos, pero las patas traseras le obedecían visiblemente mejor que las delanteras.

-Si, tendrá usted que aprender a ser elefante, Ring. A su cerebro le falta mucho de lo que poseía el del elefante. aprenderá en seguida a desplazar sus piernas, a mover la trompa y las orejas, pero el cerebro del elefante está dotado de instintos natos, quintaesencia de la experiencia de centenares de miles de generaciones de elefantes. Un verdadero elefante sabe defenderse de diversos enemigos y dónde encontrar la comida y el agua. Usted ignora todo eso. Tendrá que aprenderlo a base de experiencia, la experiencia que ha costado la vida a muchos elefantes. Pero no se asuste, Sapiens. Estará con nosotros. Cuando se haya repuesto definitivamente, vendrá con nosotros a Europa. Si quiere podrá vivir en su país, en Alemania, o venir conmigo a las URSS. Allí vivirá en un parque zoológico. Pero, ¿cómo se encuentra?

Al parecer, a Sapiens le resultaba más fácil expresarse por medio de sonidos que agitando su trompa. Empezó, pues, a emitir unos sonidos cortos y largos. Wag escuchaba (en aquella época yo no había aprendido aun el sistema Morse) y me traducía:

-Tengo la impresión de que mi campo visual es más restringido, aunque debido a la altura de mi cuerpo puedo proyectar la vista más lejos. En cambio, mi oído y mi olfato son extraordinariamente finos y sutiles. Nunca imaginé que pudieran existir tantos sonidos y olores. Oigo una cantidad infinita de ruidos, y para expresarlos me faltarían palabras en un idioma humano. Silbido, roce, crujido, chasquido, chirrido, piulido, estridor, gemido, ladrido, grito, gorjeo, gruñido, trepidación, castañeteo, chisporroteo... un par de docenas de palabras más, tal vez, y el léxico humano para traducir el mundo de los sonidos queda agotado. Oigo las carcomas que horadan la corteza de un árbol: ¿cómo expresar con palabras ese concierto disonante que percibo claramente?

-Esta usted progresando, Sapiens -dijo Wag.

-¡Y los olores! -continuó Ring, describiendo sus nuevas sensaciones-. Ahí me pierdo y no puedo hacerles comprender ni siquiera aproximadamente lo que percibo. Sólo pueden comprender que cada árbol, cada objeto posee su olor especifico. El elefante inclinó la trompa hacia el suelo, olfateo y continuó: aquí huele a tierra. Huele a hierba que algún herbívoro que iba a abrevar ha dejado caer. Huelo a puercoespín, a búfalo, a cuero áspero. Y también a cobre... No comprendo de donde puede proceder este ultimo olor. ¡Ah, si! Veo un poco de hilo de cobre que ha dejado usted caer, Wagner.

-¿Es posible eso? -inquirí-. La finura de percepción está determinada, no sólo por la sutileza de los órganos periféricos, sino también por el desarrollo correspondiente del cerebro.

-Si -respondió Wag-. Cuando el cerebro de Ring se haya adaptado, percibirá los olores tan bien como un elefante. En este momento, su capacidad olfativa es mucho menor que la de un verdadero elefante. Pero la finura de los aparatos auditivo y olfativo confieren a Ring una enorme ventaja.

Se volvió hacia Ring:

-¿Cree usted que podrá llevarnos a lomos hasta nuestro campamento de la colina?

El elefante asintió con la cabeza. Cargamos sobre su espalda una parte de nuestros equipajes. Con su trompa, el elefante nos instaló a Wag y a mi junto a ellos. Los Fans iban a pie.

-Creo -dijo Wag- que dentro de dos semanas Sapiens se encontrará perfectamente. Entonces nos llevará a Boma y desde allí, por mar, regresaremos a nuestro país.

Cuando llegamos a la colina, Wag le dijo a Sapiens:

-Aquí tiene usted alimento en abundancia. Pero quiero rogarle que no se aleje demasiado de nuestro campamento, sobre todo por la noche. Pueden acecharle toda clase de peligros, que si bien para un elefante normal no serían problema, a usted podrían plantearle serias dificultades.

El elefante asintió con la cabeza y empezó a romper con su trompa las ramas de los árboles contiguos.

De repente, emitió una especie de gemido y corrió hacia Wagner.

-¿Qué le pasa? -inquirió Wag.

El elefante acercó su trompa al rostro del profesor.

-¡Vaya, vaya! -dijo Wag, en tono de reproche-. Mire -me dijo, señalando en la trompa un apéndice en forma de dedo. Su sensibilidad supera la de los dedos de los ciegos. Es el órgano más delicado del elefante. Y nuestro Sapiens se las ha arreglado para herírselo con un pincho.

Wag se lo extrajo con mucho cuidado.

-Ponga atención -le dijo a Sapiens en tono grave-. Un elefante con la trompa herida es un inválido. Ni siquiera podría beber. Tendría que entrar cada vez en un río o en el lago y tragar agua, en vez de recogerla con la trompa y verterla en la garganta, como hacen normalmente los elefantes. Aquí hay muchas plantas espinosas. Vaya un poco más lejos. Aprenda a distinguir las especies.

El elefante suspiró, sacudió su trompa y se dirigió hacia el bosque.

27 de julio. Todo va bien. Nuestro elefante come mucho. Al principio se mostraba difícil y trataba de alimentarse únicamente de hierba, de hojas y de las ramas más tiernas. Pero como no llegaba a hartarse, empezó a comportarse como un verdadero elefante, devorando unas ramas tan gruesas como el brazo.

Alrededor de nuestro campamento los árboles tienen un aspecto lastimoso, como si hubiese caído un meteorito o hubiesen pasado por allí unos satélites. No queda una sola hoja en los arbustos ni en las ramas inferiores de los grandes árboles. Las ramas están rotas, desnudas. La corteza arrancada. En el suelo se ven trozos de ramas, troncos de árboles derribados, excrementos. Sapiens pide disculpas. Pero, «la situación obliga», como le dice a Wag con ayuda de sus señales sonoras.

1 de agosto. Esta mañana, Sapiens no ha regresado. Al principio, Wagner no se ha preocupado demasiado.

-No es un alfiler, ya lo encontraremos. ¿Qué puede pasarle? Ningún animal se atreverá a atacarle. Se habrá alejado excesivamente esta noche.

Pero transcurrieron las horas y Sapiens no regresaba. Finalmente decidimos salir en su busca. Los Fans, estupendos rastreadores, no tardaron en localizar sus huellas. Las seguimos. Un viejo Fan, estudiando las huellas, leyó rápidamente en voz alta su significado.

Aquí ha comido hierba, y luego se ha puesto a devorar los arbustos tiernos. Después se ha marchado más lejos. Diríase que ha dado un salto: debió asustarse de algo. He aquí lo que le asustó: las huellas de un leopardo. Un salto. El elefante echa a correr. Lo rompe todo a su paso. ¿Y el leopardo? Huye también... Huye del elefante. En sentido contrario.

Las huellas de Sapiens nos llevaron lejos del campamento. Vimos que había cruzado un claro pantanoso. Las huellas estaban llenas de agua. El animal se había atascado y luego había continuado su camino, retirando con visible esfuerzo sus patas del pantano. Llegamos a la orilla del río. El Congo. El animal se ha echado al agua. Ha debido cruzarlo a nado.

Nuestros guías salieron en busca de un poblado, encontraron una canoa y pasamos a la otra orilla. Pero una vez allí no localizamos las huellas del elefante. ¿Se habría ahogado? Esas bestias saben nadar. Pero, ¿sabía hacerlo Ring? ¿Había podido aprender a nadar a la manera de los elefantes? Los Fans sugirieron la hipótesis de que se había dejado arrastrar por el agua. Recorrimos varios kilómetros siguiendo la corriente. No encontramos ninguna huella. Wag estaba abrumado. ¿Qué había sido del elefante? ¿Estaría con vida? ¿Cómo viviría en el bosque, entre las fieras?

8 de agosto. Hemos perdido toda una semana buscando al elefante. Todo ha sido inútil. Ha desaparecido sin dejar ningún rastro. Vamos a pagar a nuestros guías y a regresar a la patria.

X - Enemigos cuadrúpedos y bípedos

-El diario ha terminado -dijo Denissov.

-Aquí está la continuación -respondió Wagner, palmeando el cuello del elefante-. Sapiens, alias Hoity-Toity, alias Ring, me ha contado la divertida historia de sus aventuras. Nunca había perdido la esperanza de volver a verle vivo. Pero él supo encontrar por sí mismo el camino de Europa. Tendrá usted que descifrar y transcribir mi estenograma del relato.

Denissov cogió el cuaderno de Wagner, lleno de signos taquigráficos, y empezó a transcribir la historia del elefante narrada por él mismo. He aquí lo que Sapiens le había contado a Wagner:

Me resulta imposible enumerarle todo lo que he pasado desde que me convertí en elefante. Cuando era ayudante del profesor Turner, nunca imaginé que me transformaría en elefante y que viviría en lo profundo de los bosques africanos. De todos modos, trataré de recordar los acontecimientos tal como se sucedieron.

Me había alejado del campamento y pastaba apaciblemente en un claro. Arrancaba suculentos tallos de hierba, golpeaba las raíces contra el suelo para hacer caer la tierra y me regalaba con ellas. Después de haber comido todo lo que había en aquel lugar, me adentré en el bosque en busca de otro claro. La luna lo

iluminaba todo. Veía volar abejorros fosforescentes, murciélagos y aves nocturnas que parecían búhos y que me eran desconocidas. Avanzaban lentamente. Andaba con facilidad, sin sentir el peso de mi cuerpo. Trataba de hacer el menor ruido posible. Balanceaba mi trompa y captaba a derecha e izquierda la presencia de los animales. ¿Cuáles? Lo ignoraba. ¿De que podía tener miedo? Yo era el más fuerte de los animales. Incluso el león tenía que cederme el paso. Y, sin embargo, me asustaba terriblemente al menor roce, al menor ruido producido por un ratón, por una bestezuela que parece un pequeño zorro. Cuando encontré un puercoespín, me aparté de su camino. Tal vez no había adquirido aun conciencia de mi fuerza. Una cosa me tranquilizaba: sabía que los hombres, mis amigos, que podían acudir en mi ayuda, se hallaban en la vecindad.

Así, avanzando con prudencia, desemboqué en un pequeño claro y había inclinado ya mi trompa para coger una mata de hierba cuando súbitamente capté el olor de una fiera y mis oídos percibieron un leve ruido entre los juncos. Alcé mi trompa, la enrollé para más seguridad y empecé a mirar a mi alrededor. De repente, vi un leopardo agazapado detrás de los juncos que crecían cerca del riachuelo. Me observaba con sus ojos voraces. Todo su cuerpo estaba tenso, preparado para saltar. Un segundo más, y se lanzaría sobre mi cuello. No sé, tal vez no me había acostumbrado aun a la idea de ser elefante, pero razonaba como un hombre y no conseguía dominar un loco terror. Temblando con todo mi cuerpo, emprendí la huida.

Los árboles crujían y se rompían a mi paso. Numerosas fieras quedaron aterrorizadas por mi desenfrenada carrera. Salían de entre los arbustos y los matorrales, corriendo en todas direcciones y asustándome todavía más. Me parecía que todas las fieras de la cuenca del Congo me perseguían. Corrí, ignoro cuanto tiempo, hasta tropezar con un obstáculo, el río. No sé nadar, no sabía hacerlo cuando era hombre, pensé en aquel momento. Pero, creyéndome perseguido por el leopardo, me lancé al agua y empecé a mover las piernas, como si continuara corriendo. Y nadé. El agua me refrescó un poco y me calmó. Me parecía que el bosque entero estaba lleno de fieras hambrientas que me atacarían en cuanto alcanzara la otra orilla. Y nadé incansablemente.

Había salido el sol y yo seguía nadando. Vi unas canoas ocupadas por hombres. No tuve miedo de ellos hasta que un disparo de fusil partió de una de las embarcaciones. Seguí nadando. Resonó otro disparo y noté una especie de picadura de abeja en el cuello. Volví la cabeza y observé que en la canoa gobernada por unos indígenas había un blanco, un inglés, al parecer. Era el que había disparado contra mí. Por desgracia, los hombres no eran menos peligrosos que las fieras…

¿Qué podía hacer? Traté de gritar, de decirle a aquel inglés que no disparase, pero sólo pude emitir algunos gruñidos. Si el inglés hacía blanco, estaba perdido. Usted me había señalado el lugar vulnerable de mi cráneo, entre el ojo y el oído, donde se encuentra el cerebro. Recordé su consejo, volví la cabeza de modo que las balas no alcanzaran aquel lugar y me apresuré a ganar la orilla. Cuando salí del agua presentaba un hermoso blanco, pero mi cabeza estaba vuelta hacia el bosque.

Y el inglés, que posiblemente conocía muy bien las reglas de la caza de los elefantes, consideró inútil disparar contra mi parte posterior. No disparó, tal vez acechando el momento en que volvería la cabeza hacia él. Pero, sin pensar en las fieras, eché a correr por entre la maleza.

El bosque se hacía cada vez más espeso. Las lianas me cerraban el paso. No tardaron en envolverme en una red que fui incapaz de romper. Tuve que

detenerme. Muerto de fatiga, me dejé caer sobre el flanco, sin preguntarme si conseguiría hacerlo o no en mi situación de elefante.

Tuve un sueño espantoso: encargado de curso en la universidad y ayudante del profesor Turner, me encontraba en Berlín, en mi pequeño cuarto, en la avenida Unter den Linden. Era una noche de verano. En mi ventana brillaba una estrella solitaria. El perfume de los tilos y de las flores llegaba desde el exterior, y sobre el velador, un clavel rojo metido en un jarrón de cristal veneciano esparcía su aroma. Bruscamente, entre aquellos olores agradables percibí otro, áspero, que recordaba el del licor de grosella. Pero yo sabía que era el olor de una fiera... Me estaba preparando para la lección del día siguiente. Me quedé dormido con la cabeza apoyada en mis libros, sin dejar de percibir el olor de la fiera. Y soñé algo muy raro: convertido en elefante, me encontraba en el bosque tropical... El olor de la fiera era cada vez más intenso. Me preocupaba. Me desperté. Efectivamente, convertido en elefante, del mismo modo que Lucius había sido transformado en asno, por el poder mágico de la ciencia moderna.

El olor que me perseguía era el de un animal de dos patas. Olía el sudor de un indígena africano. A aquel olor se mezclaba el del hombre blanco. Sin duda se trataba del que había disparado contra mí desde la canoa. Me estaba siguiendo. Quizás se encontraba detrás de un arbusto apuntándome al lugar vulnerable entre el ojo y el oído...

Me incorpore rápidamente. El olor procedía del lado derecho; por lo tanto, tenía que huir hacia la izquierda. Y corrí, rompiendo y apartando los arbustos. Luego ¿quién me había enseñado aquello? hice lo que hacen los elefantes cuando quieren que su perseguidor pierda su rastro: tras una ruidosa retirada, dejan bruscamente de hacer ruido. El cazador no oye nada y cree que el animal se ha detenido. Pero el elefante sigue corriendo, posando sus pies en el suelo y apartando las ramas con tanta precaución que ni siquiera un gato sabría hacerlo mejor.

Corrí al menos dos kilómetros, antes de atreverme a volver la cabeza para olfatear el aire. Olía aun a hombres, pero estaban lejos, a más de un kilómetro. Reemprendí la marcha.

Luego llegó la noche tropical, calurosa, negra como la pez, y con ella el miedo. ¿A donde ir? ¿Qué hacer? Quedarme quieto me asustaba más que desplazarme. Avancé, pues, con un paso metódico, incansable.

No tardé en notar que chapoteaba en el agua. Unos pasos más y desemboqué en un río... ¿Era un río, o un lago? Decidí meterme en el agua. Allí, por lo menos, estaría fuera del alcance del león y del leopardo. Empecé a nadar y, con gran sorpresa, noté pronto el fondo bajo mis pies. Alcancé un lugar poco profundo y continué mi camino.

Franqueé arroyos, riachuelos, marismas. Entre la hierba, unas bestezuelas invisibles emitían silbidos a mi paso, unas enormes ranas saltaban de costado... Vagué toda la noche, y cuando amaneció tuve que admitir que me había extraviado, definitivamente.

Transcurrieron varios días, y en su transcurso dejé de temer a muchas de las cosas que hasta entonces me habían asustado. ¡Resultaba muy curioso! Durante los primeros días de mi nueva existencia temía incluso arañarme la piel con los espinos. Tal vez estaba escarmentado por haberme pinchado el apéndice de mi trompa. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que los espinos más agudos y más duros no me producían ningún daño, ya que mi gruesa piel me protegía, como una coraza. Al principio, tenía miedo de pisar a una serpiente venenosa. Cuando el hecho se produjo por primera vez, y una serpiente se enrolló

alrededor de mi pierna tratando de morderme, mi gran corazón de elefante se encogió de espanto. Pero en seguida me di cuenta de que el reptil no podía causarme el menor daño. Desde entonces, experimentaba incluso cierto placer aplastando a las serpientes que encontraba en mi camino, si no habían logrado huir a tiempo.

No obstante, al hacerse de noche seguía temiendo ser atacado por las grandes fieras: el león y el leopardo. Yo era más fuerte que ellos, pero carecía de experiencia personal en la lucha y de instintos que me sugiriesen lo que debía hacer. Durante el día tenía miedo de los cazadores, sobre todo de los blancos. ¡Oh, los blancos! Son los más temibles de las fieras. No temía sus cepos, ni sus redes. El único peligro, para mí, era el de caer en un hoyo camuflado, de modo que examinaba con mucha atención el camino que seguía.

Captaba el olor de los poblados a varios kilómetros de distancia y procuraba evitar todo habitáculo humano. Aprendí incluso a distinguir a las tribus indígenas por su olor. Unas eran más peligrosas para mí, otras menos, otras absolutamente inofensivas.

Un día, aspirando el aire con mi trompa, capté un olor nuevo, de fiera o de hombre, no podía decirlo. Más bien de hombre. Quedé intrigado. Estudiaba el bosque y debía conocer todo lo que podía amenazarme. Avancé, pues, guiándome por el olor como brújula, con mucha prudencia. Era de noche, la hora en que los indígenas duermen más profundamente. Yo procuraba hacer el menor ruido posible, examinando el camino delante de mí. El olor era cada vez más intenso.

Al amanecer llegué al lindero del bosque y, ocultándome entre unos espesos arbustos, observé. Una luna pálida colgada encima del bosque proyectaba una claridad grisácea sobre unas chozas de techo puntiagudo. Las chozas eran muy bajas y sólo podían albergar a un hombre de estatura mediana. Ningún ruido turbaba el silencio. Ni siquiera ladraban los perros. Me acerqué por el lado contrario al viento. Estaba perplejo: ¿quién podía habitar aquellas pequeñas chozas, que aparecían de juguete?

De pronto vi a un ser antropoide trepar fuera de un agujero practicado en el suelo. Irguiéndose sobre sus pies, silbó. Otro ser respondió a aquel silbido y saltó de la rama de un árbol. Otros dos salieron de las chozas. Se reunieron cerca de una gran vivienda de un metro y medio de altura y empezaron a deliberar. Cuando los primeros rayos del sol iluminaron el cielo y pude ver mejor a los «gnomos», como yo había llamado a aquellos extraños seres, me di cuenta de que había ido a parar a un poblado de pigmeos, los más pequeños de los hombres. Tenían la piel de color castaño claro y los cabellos rojizos. Eran esbeltos y bien proporcionados, pero su estatura no superaba los 80 o 90 centímetros. Algunos de aquellos «niños» llevaban una poblada barba. Los pigmeos hablaban muy rápidamente y con una voz chillona.

Era un espectáculo muy interesante, pero tuve miedo. Para mí, hubiese sido preferible encontrar unos gigantes que aquellos temibles enanos. A pesar de su insignificante estatura, los pigmeos son los enemigos más encarnizados de los elefantes. Lo sabía antes de mi transformación. Manejan maravillosamente el arco y la azagaya. Una picadura de sus pequeñas flechas con la punta envenenada basta para matar a un elefante. Pueden acercarse silenciosamente a un animal por detrás y trabarlo, o cortarle el tendón de Aquiles con un afilado cuchillo. Alrededor de su poblado, el suelo está sembrado de pinchos emponzoñados...

Di media vuelta y eché a correr con la misma precipitación que en el momento en que había huido del leopardo. Oí un grito detrás de mí y acto

seguido el ruido de la persecución. Hubiese podido escapar de ella, a campo abierto. Pero tuve que correr a través de un espeso bosque, rodeando a cada instante obstáculos infranqueables. Y mis perseguidores, listos como monos, ágiles como lagartijas e infatigables como lebreles, me seguían de cerca. Arrojaron varias lanzas contra mí. Afortunadamente, la vegetación me protegía. Me faltaba el resuello y estaba a punto de caer rendido de fatiga. Y los hombrecillos me seguían sin caer ni tropezar.

En aquellos momentos me di cuenta de lo difícil que resulta ser elefante, de que toda la vida de este animal grande y fuerte no es más que una lucha incesante por la existencia. Me parecía increíble que aquellos animales vivieran cien y más años. Con semejantes emociones, tenían que morir antes que los hombres... Aunque era posible que los verdaderos elefantes no se emocionaran tanto como yo. Yo tenía un cerebro humano, nervioso, fácilmente excitable. Les aseguro que en aquel instante la propia muerte me pareció más apetecible que aquella vida continuamente jalonada por el peligro. ¿Detenerme? ¿Exponer mi pecho a las lanzas y a las flechas emponzoñadas de mis perseguidores? Estaba dispuesto a hacerlo. Pero en el último segundo capté el olor de una manada de elefantes. ¿No encontraría mi salvación entre ellos?

El bosque empezó a aclararse y se convirtió poco a poco en una sabana salpicada de grandes árboles que me permitían protegerme contra las flechas de los cazadores.

Corría trazando zigzags. Aquí, los pigmeos no avanzaban con tanta facilidad como en el bosque. Aunque yo abría un ancho sendero, los recios tallos de las plantas y de las hierbas de estepa obstaculizaban su marcha. El olor de los elefantes se hacía cada vez más intenso, a pesar de que aun no podía divisarlos. Mientras corría, tropezaba con enormes agujeros, en los cuales se habían revolcado los elefantes como gallinas que se calientan en la arena. Aquí y allá veíanse excrementos. He aquí los primeros árboles. Veo varios elefantes que se revuelcan por el suelo. Otros, de pie cerca de los árboles, sostienen enormes ramas y las utilizan como abanicos, mientras agitan sus colas. Sus orejas están erguidas, semejantes a parasoles. Yo corría contra el viento, y los elefantes no me habían olfateado. La alarma estalló cuando los primeros elefantes oyeron el ruido de mi carrera. ¡La que se armó entonces! Los animales se precipitaron hacia el río, berreando desesperadamente. El jefe, en vez de defender la retaguardia, fue el primero en echarse al agua y en pasar a la otra orilla. Las hembras, amparando a sus pequeños, tuvieron que proteger la retirada. Lo que había asustado tanto a los elefantes, era mi aparición, ¿o es que en mi alocada carrera habían intuido un peligro tan temible como el que me hacía correr a mi?

Me eché al agua sin vacilar, y crucé el río delante de numerosas hembras con sus pequeños, tratando de adelantar a los otros para que sus cuerpos se encontrasen entre mis perseguidores y yo. Cierto, era egoísta por mi parte, pero vi que los otros elefantes, a excepción de las hembras-madres, hacían lo mismo. Oí que los pigmeos llegaban al río. Sus voces se mezclaron con los berridos de los elefantes. Ocurrió algo trágico, pero tuve miedo de volverme y continué huyendo por la llanura. Nunca he sabido como terminó la batalla entre los hombres enanos y los animales gigantes.

Corrimos durante varias horas sin detenernos. Fatigado por mi carrera, apenas podía seguir a los elefantes, pero a ningún precio quería despegarme de la manada. Si me aceptaban en su compañía estaría en relativa seguridad, ya que ellos conocían mejor la región y a sus enemigos.

XI - Entre los elefantes

Finalmente, el elefante que corría en cabeza se detuvo, y todos los demás siguieron su ejemplo. Nos volvimos. Nadie nos perseguía, salvo dos jóvenes elefantes acompañados por sus madres. Y nadie parecía haberse fijado en mí. Sin embargo, cuando la agitación se hubo calmado, los elefantes empezaron a acercarse a mí, a olfatearme, a examinarme, a dar vueltas a mi alrededor. Me preguntaban algo emitiendo un suave gruñido, al que yo era incapaz de contestar. No entendía el significado de aquellos gruñidos, que lo mismo podían ser de desaprobación que de satisfacción.

Temía de un modo especial al jefe. Yo sabía que había sido jefe de la manada antes de que el profesor Wagner practicara la operación. Y si me hallaba entre mis antiguos compañeros, el nuevo jefe me buscaría las cosquillas para defender su posición. Confieso que estaba muy preocupado, cuando el jefe, un animal de gran tamaño, se acercó a mí y, como quien no quiere la cosa, me golpeó ligeramente un costado con sus colmillos. Me sometí. Volvió a golpearme, como incitándome a la lucha. Pero yo me negué a pelear y me alejé mansamente. Entonces, el elefante enrolló su trompa, la introdujo en su garganta y la retuvo unos instantes con sus labios. Más tarde supe que aquella actitud expresa la confusión y el asombro. Probablemente, el jefe estaba desconcertado por mi mansedumbre y no sabía que hacer. Pero en aquella época yo no conocía el lenguaje de los elefantes y, creyendo que me estaba saludando, imite su gesto. El elefante emitió un gruñido y se apartó de mi.

Ahora entiendo cada uno de los sonidos que emite un elefante. Sé que un leve gruñido expresa el placer. El miedo se manifiesta con un fuerte berrido, el terror repentino por medio de un sonido breve y penetrante. Enfurecidos, heridos, preocupados, los elefantes emiten profundos sonidos guturales... Un elefante que se había quedado en la orilla del río había gritado así durante el ataque de los pigmeos. Sin duda estaba herido de muerte por las flechas emponzoñadas. Al atacar a un enemigo, los elefantes profieren una especie de ladridos. Me he limitado a mencionar las principales «palabras» del idioma de los elefantes, las que expresan sus sentimientos más esenciales. Pero esas palabras poseen una multitud de matices.

En los primeros tiempos temía que mis compañeros adivinasen que yo no era un verdadero elefante y me expulsaran de la manada. Tal vez intuían que había algo anormal. Sin embargo, se mostraron de un humor pacífico. Me trataban como a un pobre de espíritu que no hace daño a nadie.

Mi vida era un poco monótona. Viajábamos siempre en fila india. Desde las diez o las once de la mañana hasta las tres, descansábamos. Luego volvíamos a pastar. Por la noche reposábamos de nuevo. Algunos elefantes se acostaban, casi todos dormitaban y uno sólo permanecía de guardia.

Yo no podía acostumbrarme a la idea de que tendría que pasar toda mi vida en una manada de elefantes. Echaba de menos a los hombres. Desde luego, tengo el aspecto de un elefante, pero me gusta más vivir entre los hombres, tranquilamente, sin inquietud. Y de buena gana me hubiera acercado a los blancos, pero temía que me mataran para aprovechar el marfil de mis colmillos. Confieso que incluso traté de romperlos para depreciarme a los ojos de los hombres, pero no lo conseguí. Eran demasiado fuertes, y no sabía como romperlos. De modo que anduve más de un mes con los elefantes.

En cierta ocasión pastábamos en un paraje descubierto en medio de inmensas sabanas. Yo estaba de guardia. La noche era oscura, sin estrellas y sin

luna. La manada dormía apaciblemente. Me alejé un poco para tender mejor el oído, para olfatear los olores nocturnos. Pero solo percibí los de distintas hierbas y de pequeños reptiles y bestezuelas inofensivos para nosotros. De repente, lejos, muy lejos, casi en el horizonte, vi aparecer una pequeña lumbre. Se apagó inmediatamente, luego se encendió de nuevo y empezó a llamear.

Transcurrieron varios minutos, y a la izquierda de aquel fuego brotó otro, luego a cierta distancia otro y otro. No. No eran cazadores que habían acampado para pasar la noche. Los fuegos se encendían a una distancia simétrica uno de otro, como si hubieran practicado un camino en la estepa y lo iluminaran con faroles. Simultáneamente, vi brotar unos fuegos semejantes en el lado contrario. Nos encontrábamos entre dos líneas de fuegos. No tardando mucho, en uno de los extremos de aquel camino llameante los batidores empezarían a armar ruido con sus carracas, a gritar, y en el otro nos aguardarían hoyos y cepos, de acuerdo con el objetivo que perseguían los cazadores: capturarnos vivos o muertos. En los hoyos, nos romperíamos las patas y tendrían que matarnos; en los cepos, lo que nos esperaba era una vida de esclavos. Los elefantes temen los fuegos. En términos generales, son unos animales miedosos. Cuando el ruido les despertara, se precipitarían hacia la zona en la que no había fuegos ni ruido. Pero allí les acechaban la trampa silenciosa o la muerte.

Yo era el único de toda la manada que comprendía lo que estaba ocurriendo. Pero, ¿acaso me proporcionaba alguna ventaja? ¿Qué podía hacer? ¿Dirigirme hacia los fuegos? Allí sería recibido por unos hombres armados. Tal vez consiguiera forzar el bloqueo. El riesgo era preferible a una muerte segura o al cautiverio. Pero entonces me vería obligado a separarme de la manada y a recomenzar la vida de elefante solitario. Tarde o temprano, caería derribado por una bala o una flecha emponzoñada...

Me parecía vacilar, pero en realidad ya había tomado una decisión, ya que, sin darme cuenta, me alejaba para que la manada, al huir, no me arrastrara en su torbellino.

He aquí que los batidores gritan, agitando sus carracas. Doy una larga señal de alarma. Los elefantes se despiertan y empiezan a berrear con todas sus fuerzas. El estrépito es tan intenso que la tierra tiembla. Los elefantes miran a su alrededor, divisan los fuegos que parecen acercarse, dejan de berrear y se precipitan hacia uno de los lados. Pero allí oyen el ruido de los batidores, cada vez más próximo. La manada da media vuelta y corre en sentido contrario... al encuentro de su perdición. Es verdad que esa perdición no será inmediata. La cacería durara varios días. Los fuegos se acercaran, los batidores también, y los elefantes retrocederán hasta caer en las trampas.

Pero yo no soy los elefantes. Yo estoy solo. El terror que se ha apoderado de la manada se ha transmitido a mis nervios de elefante y desde ellos a mi cerebro. El miedo aturde mi conciencia. Estoy dispuesto a correr con la manada. Apelo a todo mi coraje, a toda mi fuerza de voluntad. Mi cerebro de hombre sabrá vencer el miedo del elefante, vencer a esa enorme montaña de carne, de sangre y de huesos que se arrastra a mi perdición.

Freno el impulso de mi carrera, giro a la derecha y me dirijo hacia el río. Un chapoteo en el agua, una cascada de gotas deslizantes, silencio... El agua ha apaciguado el hervor de mi sangre. La razón ha triunfado. Ahora, mi razón domina a mis patas de elefante, que se deslizan suavemente por el fondo viscoso.

Decido recurrir a un truco que los elefantes normales no utilizan: sumergirme en el agua, como un hipopótamo, y dejar pasar el peligro. Trataré de respirar únicamente por la punta de mi trompa, haciéndola asomar ligeramente

fuera del agua. Pruebo a hacerlo. El agua inunda desagradablemente mis oídos y mis ojos. De cuando en cuando, asomo la cabeza y prestó atención. Los batidores se acercan cada vez más. Me hundo de nuevo en el agua. Los cazadores pasan de largo.

Estoy harto de esta vida llena de emociones y de temores. No quiero aguantarla más. Seguiré el curso del río y encontrare una de las factorías que lo jalonan en gran número entre Stanley-Pool y Boma. Me dirigiré a una factoría o a una granja y trataré de demostrar a unas personas pacificas que no soy un elefante salvaje, sino que estoy domesticado, y no me expulsarán ni me matarán.

XII - Al servicio de cazadores furtivos

La ejecución de aquel plan resultó mucho más difícil de lo que pensaba. No tardé en encontrar el brazo principal del Congo y empecé a descender por él. Mi viaje se desarrolló felizmente. En aquel sector, el río es navegable y las fieras no se atreven a acercarse demasiado a sus orillas. Durante todo mi viaje a lo largo del río, que se prolongó por espacio de un mes, sólo oí una vez el rugido lejano de un león. Pero tuve un encuentro bastante desagradable con un hipopótamo. Era de noche. El hipopótamo estaba sumergido en el agua hasta el morro. No lo vi, y mientras nadaba choqué con aquella masa. El hipopótamo se hundió todavía más en el agua y empezó a golpearme el vientre con su cabezota. Me aparte. El animal ascendió de nuevo a la superficie, resopló furiosamente y salió en mi persecución. Pero conseguí escapar.

Llegué sin más tropiezos a Lukunga, donde vi una gran factoría belga, a juzgar por la bandera que ondeaba en ella. Por la mañana, muy temprano, salí del bosque. Y me dirigí hacia la casa balanceando mi trompa. Sin embargo, aquella maniobra no tuvo éxito. Dos enormes dogos me atacaron, ladrando furiosamente. Un hombre vestido de blanco salió de la casa, me vio y dio media vuelta rápidamente. Varios negros cruzaron el patio gritando y entraron corriendo en la casa. Luego... oí dos disparos de fusil. Sin esperar el tercero, me encaminé hacia el bosque y me marché de allí.

Una noche cruzaba un bosque poco tupido, de los que abundan en el África central. Una vegetación enclenque, un terreno pantanoso bajo los pies, unos troncos de árboles negros. Había llovido torrencialmente y la noche era bastante fresca. A pesar de mi gruesa piel, soy muy sensible a la humedad, como todos los elefantes. Cuando lluevo no me quedo quieto, sino que me desplazo para calentarme.

Hacía varias horas que andaba cuando bruscamente vi delante de mí el resplandor de una fogata. El lugar era bastante silvestre. Ni siquiera había poblados negros por los alrededores. ¿Quién había podido encender la fogata? Apresuré el paso. El bosque se convirtió en una sabana de hierba no demasiado alta. A unos quinientos metros del bosque podía verse una tienda destartalada. Delante de ella ardía una fogata y dos hombres, europeos a juzgar por su aspecto, estaban sentados junto a ella. Uno de los dos hombres removía algo en la marmita colgada encima del fuego. El tercero, un indígena, un hermoso negro semidesnudo, permanecía en pie como una estatua de bronce, no lejos de la fogata.

Me acerqué lentamente al fuego sin apartar mis oídos de los hombres. Cuando se dieron cuenta de mi presencia, me dejé caer de rodillas como hacen los elefantes domesticados ofreciendo su lomo para ser cargados. Un hombre de

baja estatura empuñó bruscamente su fusil con la evidente intención de disparar. Pero, en el mismo instante, el indígena gritó, en un inglés chapurreado:

-¡Tu no hacer eso! ¡Ser un elefante bueno! ¡Un elefante domesticado!

Y corrió a mi encuentro.

-¿Quieres apartarte? ¡O te agujereo tu negra piel! ¡Eh, tú como te llames! -grito el blanco.

-Llamarme Mpepo -respondió el indígena, sin apartarse de mí. Por el contrario, se acercó todavía más, como si quisiera protegerme con su cuerpo contra la bala-. ¿Tú ver, bwana? Ser muy manso -añadió, acariciando mi trompa.

-¡Apártate de ahí, simio! -gritó el hombre del fusil-. Voy a disparar. A la una, a las dos...

-Espera, Bakala, -dijo el otro blanco, un hombre alto y delgado-. Mpepo tiene razón. Tenemos bastantes colmillos, pero transportarlos hasta Matadi no resultará fácil ni barato. Ese elefante parece manso. Poco nos importa de quién sea y por qué se pasea de noche. Podría sernos muy útil. Un elefante levanta una tonelada, pero tan cargado no puede llegar muy lejos. Pongamos media tonelada. En otras palabras, un elefante puede reemplazar a treinta o cuarenta porteadores, ¿comprendes? Y no nos costará un céntimo. Y cuando ya no lo necesitemos, lo mataremos y añadiremos sus colmillos a nuestra colección. ¿Qué te parece la idea?

El llamado Bakala escuchaba con impaciencia y trató varias veces de disparar. Pero cuando su compañero hubo calculado cuanto les costarían los porteadores que el elefante podía reemplazar, aceptó aquellos argumentos y bajó su fusil.

-¡Eh, tu! ¡Como te llames! -gritó, dirigiéndose al indígena.

Más tarde me enteré de que Bakala llamaba siempre al negro de aquel modo, y que el negro respondía invariablemente «Llamarme Mpepo».

-Ven aquí. Trae al elefante.

Obedecí de buena gana la indicación de Mpepo, que me invitaba a acercarme más a la fogata.

-¿Qué nombre le pondremos? Ya está: le llamaremos Truhán. ¿Qué opinas, Cox?

Miré a Cox. En su aspecto todo tenía un tinte azulado. Me impresiono especialmente su nariz, que parecía recién teñida o de color lila. Su cuerpo azulado estaba cubierto por una camisa azul desvaído. Cox hablaba con una voz aguardentosa que también me pareció azulada, ceceante y gutural. Aquella voz parecía tan decolorada como su camisa.

-No está mal -admitió-. Le llamaremos Truhán.

Cerca del fuego, un montón de harapos se movió y una voz de bajo, aunque muy débil, se dejó oír.

-¿Qué ha pasado?

-Siempre acabas por dar señales de vida -dijo tranquilamente Bakala, dirigiéndose a los harapos-. Y nosotros que creíamos que te habías tragado ya tu certificado de nacimiento...

El montón de harapos se entreabrió para dar paso a un grueso brazo. Detrás del brazo, un hombre alto y de sólido armazón se incorporó y se sentó, apoyándose sobre sus manos para no caer.

Tenía un rostro muy pálido y una barba muy enmarañada. Era evidente que aquel hombre estaba enfermo.

Dos ojos apagados se posaron en mí. El enfermo sonrío y dijo:

-Un cuarto vagabundo viene a unirse a los otros tres. Piel blanca: alma negra. Piel negra: alma blanca. ¡Y pensar que el único hombre honrado es Babuka!

Y el enfermo se dejó caer de nuevo hacia atrás, completamente agotado.

-Está delirando -dijo Bakala.

-Su delirio empieza a resultar fastidioso -replico Cox-. Plantea adivinanzas. ¡Y pensar que el único hombre honrado es Babuka! ¿Te das cuenta de lo que significa eso? Nuestro Mpepo pertenece a la tribu de los babuka. Puedes comprobarlo fácilmente si examinas sus dientes: de acuerdo con la costumbre babuka, los incisivos superiores están rotos. Sucede que él es el único hombre honrado, en tanto que nosotros, por lo visto, somos unos granujas.

-Incluido el propio Brown. Su piel es más blanca que la nuestra: por lo tanto, su alma tiene que ser más negra. ¡Eh, Brown! ¿También tu eres un granuja?

Pero Brown no contestó. Ha vuelto a perder el conocimiento.

-Mejor. Y sería mucho mejor aun que no lo recobrara más. Ahora no sirve para nada y es un estorbo.

-Cuando se haya restablecido valdrá tanto como nosotros dos.

-Tampoco eso resultará demasiado agradable. ¿No te das cuenta de que está de más?

Brown murmuró algo en su delirio.

-¡Eh, tú! ¡Como te llames!

-Llamarme Mpepo.

-Ata al elefante a un árbol para que no se largue.

-No, él no marcharse -respondió Mpepo, acariciándome una pata.

A la mañana siguiente pude examinar mejor a mis nuevos amos. El que más me agradó fue Mpepo. Estaba siempre alegre, sonriente, mostrando sus blancos dientes con un espacio vacío: el que debían ocupar los dos incisivos superiores. A Mpepo aparecían gustarle los elefantes y me prodigaba muchos cuidados. Lavaba mis orejas, mis ojos, mis patas y los pliegues de mi piel. Me traía bayas y frutas sabrosas que iba a buscar para mí.

Brown estaba enfermo y no pude formarme una idea más o menos completa de él. Su rostro y su franqueza, cuando hablaba con sus compañeros, me complacían. Pero Bakala y Cox me desagradaban profundamente. De un modo especial Bakala. Llevaba un traje sucio y desgarrado, de una tela muy buena y de un corte impecable. Un traje propio de un turista muy rico. Y tenía la impresión de que Bakala había adquirido aquel traje utilizando medios inconfesables. Es probable que hubiera asesinado a un viajero inglés distinguido para desvalijarle. Llevaba un gran revolver y un cuchillo de respetable tamaño colgados de un ancho cinturón. Era un hombre sin patria ni familia, sin profesión determinada.

Cox, el azulado, era un inglés que había topado con la ley en su país. Los tres eran cazadores furtivos. Cazaban elefantes por sus colmillos, burlando todas las leyes y todas las fronteras.

Mpepo era su guía y su instructor. A pesar de su juventud, era un experto en la caza del elefante. Es cierto que sus procedimientos resultaban brutales y bárbaros. Pero no conocía otros. Utilizaba los que había aprendido de sus mayores. En cuanto a los cazadores furtivos, se mofaban de todo. Rodeaban a los elefantes con un círculo de fuego y los remataban cuando estaban medio asfixiados por el humo y cubiertos de quemaduras. Mpepo les era muy útil.

XIII - Truhán se muestra díscolo

Un día, cuando Brown empezaba a restablecerse, pero estaba aun demasiado débil para tomar parte en la cacería, Cox y Bakala partieron sentados sobre mi lomo hacia un lugar situado a unas decenas de kilómetros para recoger los colmillos de un elefante al que habían matado el día anterior. Nadie podía oír, y yo no era más que una bestia de carga, de modo que hablaban sin tapujos de ninguna clase.

-Y pensar que después del arreglo habrá que escupirle una quinta parte del botín a ese mono negro, como se llame... -dijo Bakala.

-Sí, es demasiado -respondió Cox.

-El resto será dividido en tres partes: una para ti, otra para mí y otra para Brown. Contando con que el kilogramo de marfil nos salga a setenta y cinco o a cien marcos...

-Estás de broma. No nos darán tanto. No entiendes nada de este negocio. Hay dos clases de marfil: el llamado blando o muerto, y el duro o viro. Aunque le llamen blando, el primero es muy compacto, blanco y suave. Con él se fabrican bolas de billar, teclas de piano y de órgano, peines... Ese marfil es muy apreciado. Pero los elefantes de esta región no lo poseen. Para encontrarlo hay que ir al África oriental. Pero allí te molerán los huesos antes de dejarte matar a un sólo elefante. El marfil de los elefantes de esta región sólo sirve para los puños de bastón o de paraguas, y para los peines baratos.

-Entonces, hemos trabajado para nada -dijo Bakala tristemente.

-Para nada, no. Algo sacaremos. Y si somos cuatro a cazar, y dos a repartir, el negocio será más redondo.

-Que los elefantes me hagan papilla si no se me había ocurrido ya esa idea.

-Pensar las cosas no sirve para nada; lo que hace falta es actuar. Hoy o mañana Brown habrá superado la crisis, y entonces no habrá manera de acabar con él. Es fuerte como un buey. En cuanto a Mpepo, tiene la agilidad de un mono. Hay que liquidarles con un solo golpe. Durante la noche. Para más seguridad, les haremos beber. Nos queda aun un poco de alcohol. Será suficiente para los dos.

-¿Cuándo será eso?

-Ya hemos llegado...

Un elefante yacía en un hoyo enorme. Había quedado empalado allí y Bakala lo había rematado a tiros. Cox descendió al hoyo con su compañero y empezó a arrancar los colmillos con ayuda de un hacha. Trabajaron casi todo el día. El sol declinaba ya hacia el oeste. Después de atar los colmillos a mi espalda, emprendieron el regreso al campamento.

La tienda estaba ya a la vista cuando Cox dijo, como continuando la conversación interrumpida:

-Será esta noche.

Pero se quedaron con un palmo de narices. Brown no estaba en el campamento. Mpepo les explico que el «bwana» se encontraba tan restablecido que había salido a cazar y que seguramente no regresaría en toda la noche. Bakala blasfemó en voz baja. El asesinato tuvo que ser aplazado para mejor ocasión.

Brown no regresó hasta el amanecer, cuando Cox y Bakala dormían. Se acercó a Mpepo y le tocó en el hombro. El negro, que estaba de guardia, sonrío alegremente, mostrando sus dientes. Brown le hizo una seña para que se acercara a mí y trepara a mi espalda. Mpepo me hizo arrodillar, montaron los dos y les conduje a lo largo del lindero del bosque.

-Quiero hacerles un regalo -dijo Brown-. Creen que estoy enfermo. Pero me encuentro perfectamente. Esta noche he conseguido matar un elefante, un gran elefante con unos colmillos magníficos. Tu me ayudarás a cortarlos. Bakala y Cox se caerán de espaldas.

A la claridad del sol naciente, a orillas del río, entre unas matas de café, vi el cuerpo enorme e hinchado de un elefante acostado sobre su flanco.

Cuando terminaron con los colmillos, emprendimos el camino de regreso, corriendo hacia nuestra perdición. Mpepo y Brown estaban condenados a una muerte inminente; yo correría la misma suerte un poco más tarde. Pero yo podía huir de aquellos hombres. No lo hacía porque no corría un peligro inmediato y porque, si era posible, quería salvar a Brown y a Mpepo. Este último, sobre todo, me inspiraba una gran piedad. Al fin y al cabo, no era más que un adolescente pletórico de vida... Pero, ¿cómo advertirles? Por desgracia, no podía hablarles del peligro que les amenazaba. ¿Y si me negaba a llevarles al campamento?

Abandoné bruscamente el camino y me dirigí hacia el lado por el que discurría el Congo. Allí parecía que en el río podían encontrar a otros hombres, y Brown tendría ocasión de regresar a un país civilizado. Pero Brown era incapaz de comprender mi tozudez, y empezó a propinarme unos dolorosos pinchazos en el cuello con una varilla de hierro de punta aguzada. La punta atravesaba mi piel. Y mi piel es muy sensible y sujeta a infecciones. Conservaba el recuerdo de la pequeña herida producida por la bala del inglés que había disparado contra mi desde la canoa. La llaga había tardado mucho en cicatrizar. Oí que Mpepo suplicaba a Brown que no me pinchara en el cuello, pero el hombre estaba furioso por mi rebeldía y pinchaba cada vez más profundamente.

Mpepo trató de convencerme con las palabras más dulces de su idioma. Yo no las entendía, pero las inflexiones de la voz resultaban igualmente comprensibles para todos los hombres y los animales. Mpepo se inclinó y me besó en el cuello. Pobre Mpepo. ¡No sabía lo que me pedía!

-¡Hay que acabar con él! -exclamó Brown-. Si Truhán se niega a llevarnos, sólo sirve para aprovechar sus colmillos. ¡Es un elefante díscolo! Un verdadero «truhán». Abandonó sus antiguos dueños, y ahora quiere abandonarnos a nosotros. Voy a alojarle una bala entre el hocico y el ojo.

Al oír aquellas palabras me estremecí. Brown, cazador de elefantes, no fallaría el disparo sentado sobre mi cuello... Oí que Mpepo le suplicaba a Brown que me perdonara. Pero Brown se mostró inflexible. Empuñó el fusil...

En el último segundo di media vuelta y eché a andar hacia el campamento. Brown estalló en una carcajada.

-Diríase que este elefante entiende el lenguaje de los hombres y sabe lo que me disponía a hacer -comentó.

Di algunos pasos dócilmente; luego, bruscamente, agarré a Brown con mi trompa, le arranqué de mi espalda y le arrojé al suelo, mientras corría hacia el bosque con Mpepo. Brown gritó, blasfemó. No se había lastimado seriamente, pero se encontraba débil después de su enfermedad y no pudo levantarse inmediatamente. Aproveché aquella circunstancia para ponerme a cubierto bajo los árboles. «Si no puedo salvarles a los dos, salvaré al menos a Mpepo», pensé. Pero el indígena tampoco quería abandonar el campamento. No quería renunciar al fruto de su esfuerzo durante varios meses, cazando elefantes con riesgo de su vida.

Debí retenerle un poco con mi trompa; pero no se me ocurrió, pensando que vacilaría en saltar desde lo alto de mi espalda. Pero el muchacho, listo como un mono, hizo otra cosa: se agarró a una rama y trepó a un árbol. No pude

alcanzarle, y me quedé cerca del árbol hasta que oí acercarse a Brown. Entonces, sin esperar a que disparase, huí precipitadamente.

A pesar de todo, no quise abandonarles a su suerte. Di un pequeño rodeo y llegué al campamento antes que ellos. Cox y Bakala quedaron sorprendidos cuando me vieron llegar sólo, con unos hermosos colmillos a la espalda.

-¿Será posible que los elefantes o las fieras nos hayan ayudado a librarnos de ellos? -dijo Cox, desatando las cuerdas.

Pero su alegría era prematura. No tardaron en ver llegar a Brown, que maldecía a Mpepo. Al verme, el blanco vertió un nuevo torrente de insultos e imprecaciones. Contó a sus camaradas la jugarreta que le había hecho, tratando de convencerles para que me ajustaran las cuentas inmediatamente. Pero Cox, siempre calculador, se opuso a ello.

Cox y Bakala aseguraron que se alegraban muchísimo del restablecimiento de Brown y de su regreso con un par de hermosos colmillos.

XIV - Cuatro cadáveres y el marfil

Aquella noche, Cox estaba de guardia. Los demás se acostaron temprano. Mpepo se quedó inmediatamente dormido. También Brown, que estaba fatigado, dormía profundamente. En cuanto a Bakala, no hacía más que dar vueltas bajo su manta, por lo que supuse que no dormía. Me convencí de ello al ver que levantaba la cabeza y dirigía una interrogadora mirada a Cox. Este hizo un gesto negativo, como diciendo: «Es demasiado pronto».

Una luna cornuda apareció encima del bosque, iluminándolo con una pálida claridad. En alguna parte del bosque, una bestezuela, acosada por una fiera, emitió un grito plañidero, como un niño asustado. Aquel sonido no despertó a Brown. Dormía a pierna suelta. Cox hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Y Bakala, que espiaba todos los movimientos de su cómplice, se levantó inmediatamente y se llevó la mano a la espalda, sin duda para sacar su arma del bolsillo posterior del pantalón. Comprendí que tenía que actuar. Utilicé un truco que suelen emplear los elefantes indios cuando quieren asustar a su enemigo: apoyan fuertemente la punta de su trompa en el suelo y empiezan a soplar. Se oye entonces un sonido raro, espantoso: una serie de crujidos y ronquidos capaces de despertar a un difunto. Y Brown no estaba muerto.

-¿Quién diablos esta tocando el trombón? -dijo, levantando la cabeza y frunciendo los ojos.

Bakala se agachó.

-¿Qué te pasa? ¿Estás bailando? -le preguntó Brown.

-¡Ese maldito elefante me ha despertado! ¡Vamos, largo de aquí!

Pero no me marché, y al cabo de unos instantes, cuando Brown se disponía de nuevo a dormir, repetí el truco. Cox se acercaba ya a él con el revólver en mano, cuando inicié mi trompeteo. Brown se levantó de un salto, corrió hacia mi y me propinó un fuerte golpe en la trompa con el filo de la mano. Un golpe muy doloroso. Enrollé apresuradamente mi trompa y me alejé.

-¡Te mataré, asqueroso animal! -gritó Brown-. Eso no es un elefante, es un demonio. Mpepo, échale de aquí. ¿Qué haces con el revolver en la mano? -preguntó, dirigiéndose a Cox.

-Iba a disparar contra Truhán, para que se largara.

Brown volvió a acostarse. Yo me aparté un poco, sin dejar de vigilar el campamento.

-¡Maldito elefante! -dijo Cox con voz sibilante, amenazándome con el puño.

-Huele a alguna fiera -intervino Mpepo.

El muchacho quería justificar mi actitud, sin sospechar que se acercaba mucho a la verdad. Sí, había berreado porque había olfateado a dos fieras bípedas.

Apuntaba el alba cuando Cox hizo una seña a Bakala. Cox se precipitó hacia Brown, y Bakala hacia Mpepo. Los dos dispararon simultáneamente. Mpepo profirió un grito estridente, como aquella bestezuela que había chillado a primeras horas de la noche, se incorporó, volvió a caer y sus piernas se agitaron convulsivamente. En cuanto a Brown no profirió un sólo grito. Todo había sucedido con tanta rapidez, que no me dio tiempo a advertir a los desdichados...

Pero Brown estaba aun con vida. Se incorporó súbitamente, se apoyó en el codo de su brazo derecho y disparó contra Cox, que acababa de inclinarse sobre él. Cox cayó fulminado. Cubriéndose con su cadáver, Brown empezó a disparar contra Bakala. Este gritó:

-¡Ah! ¡Sucio tramposo!

Disparó una vez y echó a correr. Pero, tras haber dado unos cuantos pasos, giró bruscamente sobre si mismo, como les sucede a los hombres que han sido alcanzados por una bala en la cabeza, y cayó al suelo. Brown exhaló un suspiro y se tumbó de espaldas. Un olor penetrante a sangre se esparció por el claro. Todo estaba en silencio. Oí jadear a Brown y me acerqué a él. Sus ojos estaban ya empañados. Pero hizo un movimiento convulsivo y efectúo otro disparo. La bala me arañó ligeramente La piel cerca de la rodilla de la pata derecha.

XV - Una maniobra afortunada

Finalmente, en Matadi, tuve suerte. Era al atardecer. El sol descendía detrás de las cumbres de las montañas que separan la cuenca del Congo del océano. Yo avanzaba sumido en tristes reflexiones a través de los bosques, no lejos del río. Empezaba a lamentar el no haberme dejado arrastrar por la manada. Ahora no vagaría como un proscrito: bien porque mis sufrimientos habrían terminado definitivamente, bien porque me habría convertido en una honrada bestia de carga. A mi derecha, a través del follaje, el río resplandecía como un rubí bajo los rayes del sol poniente. A la izquierda veíanse gigantescos árboles del caucho mostrando incisiones en sus cortezas. Los hombres no podían estar muy lejos.

Continué avanzando hasta desembocar en unos campos con cultivos de mandioca, de miso, de cana de azúcar y de tabaco. Posando con precaución mis pies en el suelo, seguí una avenida entre un campo de caña de azúcar y otro de tabaco. Me condujo a un extenso prado, en medio del cual se alzaba una casa. No vi a nadie cerca de la casa, excepto a dos niños que estaban jugando. Un chiquillo y una chiquilla de siete a diez años.

Salí al prado sin que me vieran y, súbitamente, irguiéndome sobre mis patas traseras empecé a marcar unos pasos de baile. Los niños me vieron y se quedaron con la boca abierta. Y yo, dichoso al ver que no se habían puesto a llorar ni habían huido, hice unas cabriolas con las que nunca ha soñado ningún elefante de circo. El chiquillo empezó a reír a carcajadas. La niña aplaudió. Yo bailaba, daba volteretas, me erguía sobre mis patas delanteras o traseras, incansablemente.

Los niños, cada vez más atrevidos, se acercaban a mí poco a poco. Finalmente, alargué la trompa con precaución y propuse al muchacho que se sentara encima y se columpiara. Tras algunas vacilaciones, se decidió. Se sentó en la punta de mi trompa y le columpié. Luego le tocó el turno a la niña. Confieso

que me sentía tan feliz al estar en compañía de aquellos pequeños que me dejé llevar por el juego y no vi a un hombre delgado, de elevada estatura, rostro amarillento y ojos hundidos, signos visibles de que había sufrido recientemente un acceso de fiebre tropical. Nos contemplaba con un asombro indescriptible. Por fin, los niños le vieron.

-¡Papá! -grito el niño en inglés-. ¡Mira a nuestro Hoity-Toity!

-¿Hoity-Toity? -repitió el padre con voz sorda.

Era evidente que no sabía que hacer. Entonces, me acerque y me arrodille delante de el. El inglés me sonrío y me acaricio la trompa.

«¡Victoria! ¡Victoria!», exclamé para mis adentros.

Aquí termina la narración del elefante. En realidad, aquí puede terminar su historia, ya que la suerte posterior de Hoity-Toity no ofrece ningún interés especial. Wagner, Denissov y él efectuaron una excursión a Suiza. Provocando la sorpresa de los turistas, el elefante se paseó por los alrededores de Vevey, preferidos de Ring en otra época. A veces se bañaba en el lago de Ginebra. Por desgracia, aquel año el frío se presentó antes que de costumbre y nuestros turistas tuvieron que regresar a Berlín en el vagón especial de un tren de mercancías.

Hoity-Toity volvió a trabajar en el circo Busch, ganándose honradamente los trescientos sesenta quilos de su ración diaria, asombrando no sólo a los berlineses, sino también a numerosos extranjeros que acuden expresamente a Berlín para ver al «genial elefante». Los sabios continúan discutiendo las causas de ese genio. Unos dicen que es un «truco»; otros que son «reflejos espontáneos»; otros hablan de «hipnosis colectiva».

Young, sumamente cortés, sigue cuidando de él. En el fondo, está un poco asustado y cree que en aquel asunto media alguna brujería. En efecto, el elefante lee el periódico todos los días, y en cierta ocasión, al entrar de improviso en su alojamiento, el cornac sorprendió al elefante haciendo solitarios con una baraja que unos días antes le había sustraído de un bolsillo. Young no se lo ha contado a nadie: no quiere que le tomen por mentiroso.

Redactado de acuerdo con los materiales de Akim Ivanovich Denissov. Wagner, después de haber leído este manuscrito, escribió encima:

«Todo eso ocurrió. Ruego que no se traduzca este relato al alemán. El secreto de Ring no debe ser revelado, al menos a los que le rodean».

FIN